

RLF^P

Revista
Latinoamericana de
Filosofía
Política

Centro de Investigaciones Filosóficas

ISSN 2250-8619 • Vol. VIII • N° 4 • 2019 • Buenos Aires • Argentina

BERTRAND RUSSELL EN EL PAÍS DE LOS SÓVIETS

Alejandro Cassini

BERTRAND RUSSELL EN EL PAÍS DE LOS SÓVIETS

ALEJANDRO CASSINI

CONICET-Universidad de Buenos Aires

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina

Miñones 2073 (1428) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

alefrac@yahoo.com.ar

RESUMEN

Este artículo es un estudio del libro de Bertrand Russell *The Practice and Theory of Bolshevism*. Sus objetivos son reconstruir el contexto histórico de la Rusia soviética en el momento que Russell viajó a ese país en mayo de 1920 y evaluar la crítica de Russell a las doctrinas políticas de los bolcheviques. Muestra que Russell fue pionero en la elaboración del concepto de religión política mucho antes de que este fuera establecido en el campo de las ciencias políticas. Examina las razones por las cuales Russell sostuvo que el bolchevismo, y el marxismo en general, no era en absoluto una ciencia, sino, más bien, un cuerpo dogmático de doctrinas similares en muchos aspectos a los dogmas religiosos de las iglesias institucionalizadas.

Palabras clave: comunismo; utopía; violencia; dogmatismo; religión política.

ABSTRACT

This article is a study of Bertrand Russell's book *The Practice and Theory of Bolshevism*. Its aims are to reconstruct the historical context of Soviet Russia when Russell traveled to the country on May 1920 and to assess Russell's criticism of the Bolsheviks political doctrines. It shows that Russell pioneered the very concept of political religion long before it became established in the domain of political science. It examines the reasons by which Russell claimed

that Bolshevism, and Marxism generally, was not at all a science but rather a dogmatic corpus of doctrines in many respects similar to the religious dogmas of institutionalized churches.

Keywords: Communism; utopia; violence; dogmatism; political religion.

1. La promesa de un nuevo mundo

La revolución rusa de octubre de 1917, a la que los propios bolcheviques calificaron como un golpe de estado, despertó en buena parte del mundo la esperanza de que por primera vez en la historia era posible la realización de un proyecto que muchos consideraban utópico, el de la sociedad comunista profetizada por Marx.¹ La promesa de un mundo nuevo, una sociedad sin clases sociales ni propiedad privada, donde no existiría el trabajo asalariado, ni el dinero, ni el comercio, ni el aparato burocrático del estado burgués, sedujo, mucho más que a la clase obrera, a los intelectuales burgueses de tendencias izquierdistas, que no siempre eran marxistas ni revolucionarios, pero tenían simpatías por el socialismo. En 1917 todavía no existían los partidos comunistas organizados, la socialdemocracia, sobre todo en Alemania, se basaba en la doctrina marxista, a la que no renunciaría formalmente hasta 1952, y la distinción entre comunismo y socialismo no era clara. En ese contexto, la toma del poder por parte de los bolcheviques se presentaba como el primer intento exitoso de realizar el socialismo por la vía revolucionaria.²

1. El propio Marx, como se sabe, criticó el socialismo utópico y consideró siempre que su modelo de sociedad sin clases no era una utopía, sino un proyecto efectivamente realizable en un tiempo relativamente breve (del orden de las décadas, no de los siglos).

2. La revolución rusa de 1917 es el objeto de una industria académica que ha producido centenares de libros y miles de artículos sobre el tema. Es difícil encontrar alguna obra que sea valorativamente neutral, pero, des-

Resulta difícil en la actualidad, después del fracaso del experimento comunista, hacerse una idea clara del entusiasmo que despertó la revolución rusa en los medios intelectuales occidentales, incluso entre escritores, periodistas y políticos de las más diversas orientaciones ideológicas. La conocida obra de John Reed, *Ten Days that Shook the World*, publicada en Nueva York en 1919, pero escrita en Rusia en el momento mismo en que se producía la revolución, constituye un ejemplo perfecto de ese entusiasmo. La obra de Reed fue enfáticamente elogiada por Lenin y traducida al alemán a instancias de la *Komintern*, sin duda, con el fin de emplearla como propaganda política en Alemania, donde los bolcheviques centraban sus esperanzas del inicio de una revolución mundial, que resultaría abortada muy poco tiempo después.

Bertrand Russell, que era un partidario del socialismo democrático mucho antes de que se produjera la revolución de 1917, tuvo al comienzo, como tantos intelectuales progresistas, profundo interés y genuinas esperanzas en el experimento bolchevique.³ En 1920 la información que se conocía en occi-

púés de finalizado el ciclo soviético, los juicios tienden a ser más equilibrados. La percepción de los historiadores occidentales ha cambiado mucho a partir de la apertura de los archivos de la Federación Rusa en 1991, que todavía no es total. En principio, cualquier obra escrita antes de esa fecha, salvo raras excepciones, tiene que ser revisada. A los fines de este trabajo me he apoyado en las obras de Pipes (1990 y 1994) y Figes (1996), que tienen amplia información. Obras sintéticas más recientes que he encontrado útiles son las de Smith (2017) y Steinberg (2017). Kowalski (1997) es una valiosa colección de documentos traducidos del ruso. Sobre el carácter utópico de la revolución es particularmente interesante la obra de Stites (1989). En las notas que siguen se dan indicaciones bibliográficas más específicas, pero no he pretendido introducir referencias sobre todos los temas y cuestiones que menciono.

3. Las obras de Russell (1916 y 1917) pueden considerarse las más representativas de su pensamiento político antes de la revolución rusa. Su posición acerca de Marx y el socialismo en esa época se expresa en el primer capítulo de Russell (1918). Russell dedicó muchos libros y artículos a cuestiones políticas y sociales, pero sus ideas y opiniones sobre estos temas cam-

dente acerca del régimen soviético era todavía muy parcial y a veces confusa y contradictoria. Muchísimos políticos e intelectuales europeos estaban deseosos de visitar la Rusia revolucionaria para tener una experiencia directa de ella y sacar sus propias conclusiones. El gobierno soviético conocía bien ese interés y estaba decidido a aprovecharlo como instrumento de propaganda. Dado que el país todavía no había salido de la guerra civil y había grandes dificultades para recorrerlo, no resultaba fácil obtener un permiso oficial para la visita. Aunque gran parte del territorio ruso se hallaba en un estado de completa convulsión económica y social, que hoy podría calificarse como catástrofe humanitaria, el gobierno soviético estuvo dispuesto a invertir parte de sus escasos recursos para organizar y financiar las visitas de numerosos representantes de la intelectualidad de occidente. Los viajes estaban cuidadosamente planificados y vigilados por múltiples comisarios políticos y espías disimulados. Los lugares que los visitantes podían ver eran muy limitados y habían sido previamente acondicionados para mostrar la imagen que el régimen quería dar de sí mismo. A partir del final de la guerra civil, hay una multitud de viajeros que dejaron testimonio de su experiencia de la Rusia soviética en libros y artículos. Muchos de ellos creyeron, sinceramente en algunos casos y voluntariamente en otros, que la imagen que se les mostraba era la verdadera cara del régimen soviético. Russell, en cambio, no se engañó ni por un momento y su decepción fue profunda y definitiva, como veremos. Después de su viaje siguió considerándose socialista, pero abjuró para siempre del comunismo.

Russell formuló su análisis del comunismo ruso en su breve libro *The Practice and Theory of Bolshevism*, escrito en pocas

biaron en parte a lo largo del tiempo. Véase la obra de Ironside (1996) para un panorama general. En la práctica, Russell se había afiliado al Partido Laborista Independiente en julio de 1917.

semanas luego de su retorno a Inglaterra.⁴ Esa obra es, en mi opinión, el más lúcido, claro y acertado de todos los análisis que los viajeros hicieron de la Rusia soviética y, sobre todo, de la ideología del bolchevismo. En su conocido libro, *Le passé d'une illusion*, François Furet (1996: 162) lo califica como “uno de los mejores libros sobre el bolchevismo”, aunque las pocas páginas que le dedica no hacen justicia a la riqueza del análisis de Russell. En este artículo relataré con cierto detalle el viaje a la Rusia soviética que Russell realizó, como miembro de una comisión del Partido Laborista, en mayo de 1920. Después, analizaré las razones por las cuales Russell consideró que el experimento bolchevique había fracasado y no tenía posibilidad alguna de instalar un auténtico régimen socialista.⁵

2. El viaje a Rusia

Desde el momento mismo en que se produjo la revolución bolchevique, Russell había deseado viajar a Rusia para comprobar personalmente la marcha de las transformaciones que se estaban produciendo, pero la guerra civil que se había desatado desde 1918 constituía un obstáculo insuperable para ese tipo de viaje. Hacia comienzos de 1920 los bolcheviques, después de haber estado al borde de la derrota, habían revertido la situación y la guerra se hallaba prácticamente ganada, aunque continuaría en algunas regiones del extenso territorio

4. En adelante citaré esta obra simplemente por la fecha de su primera edición: 1920.

5. Dos artículos, muy diferentes entre sí, que analizan el libro de Russell son el de Flew (1979) y el de Bricmont y Baillargeon (2017). Este último es más bien una formulación de las opiniones de los autores sobre el socialismo que un estudio de las ideas de Russell. Las otras fuentes fundamentales, además del libro de 1920, son el segundo volumen de la *Autobiography* (Russell 1968) y el breve diario inédito del viaje a Rusia, publicado póstumamente (Russell 2000a).

ruso hasta 1921, o incluso más allá. El Partido Laborista británico había formado una comisión que visitaría oficialmente el país y permanecería allí durante aproximadamente un mes. La comisión se llamó oficialmente *British Labour Delegation*. La integraban once miembros, de los cuales cinco pertenecían al *Labour Party*, tres al *Trades Union Congress* y tres al *Independent Labour Party*. Russell aprovechó la oportunidad y solicitó autorización al gobierno británico para formar parte de esa comisión en calidad de observador. El gobierno se la concedió después de una entrevista con el ministro de educación y miembro del parlamento Herbert Fisher. El 22 de abril de 1920 el gobierno británico autorizó oficialmente a la delegación laborista a viajar a Rusia.⁶

En la Rusia soviética, la visita de la comisión británica se tomó muy en serio. El 6 de abril de 1929 el Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, Gueorgui Chicherin, envió una carta a Lenin en la cual le comunicaba que era “esencial realizar preparativos políticos” para la visita de la comisión británica, ya que esta incluiría algunas “mentes de gran calibre” (Pipes 1996: 79), lo cual es muy probablemente una alusión a la presencia de Russell. Lenin le respondió inmediatamente diciendo que creara una comisión específica para recibirlos, de la que debían formar parte Karl Radek, Grigory Melnichansky e I. I. Feinbeg. También le envió el borrador de una resolución que cursaría al día siguiente al Comité Central del Partido Bolchevique. El tercer punto de esa resolución decía que una de las tareas de la comisión de recepción debía ser “organizar una campaña en la prensa soviética” que consistiera en artículos breves dirigidos a “desenmascarar completamente a los invitados como traidores sociales, mencheviques y cómplices del saqueo colonial inglés” (Pipes 1996: 80).

6. Más detalles sobre la composición de la delegación y las tratativas de Russell para integrarse a ella se encuentran en la introducción de los editores a Russell (2000: XXXIV-XXXIX).

Hacia el final de su vida Russell relató en su autobiografía que “el gobierno soviético fue más difícil de convencer” y que cuando ya se hallaba en Estocolmo, camino a Rusia, “Litvinov todavía se negaba a darme la autorización, a pesar de que habíamos sido compañeros de prisión en Brixton” (Russell 1968: 101). En efecto, Russell y Maxim Litvinov (en 1920 vicecomisario de asuntos exteriores del gobierno soviético) habían estado en 1918 en la misma prisión, pero, según relata el propio Russell, “no se me concedió ninguna oportunidad de hablar con él, aunque solía verlo a la distancia” (Russell 1968: 35). Russell esperó en Estocolmo desde el 2 hasta el 8 de mayo la llegada de la visa de las autoridades soviéticas.

Finalmente, la autorización fue concedida y Russell, junto con los restantes miembros de la comisión laborista, se dirigió a Reval (actual Tallín, en Estonia) donde permaneció desde el 9 hasta el 11 de mayo realizando preparativos y trámites para entrar en Rusia. Atravesó la frontera el 11 de mayo de 1920, llegando a Petrogrado al día siguiente. En su diario recordó en estos términos la impresión desoladora que le produjo la llegada: “parecía una ciudad de los muertos; casi todos los negocios cerrados, las grandes casas vacías, las calles llenas de grandes agujeros, ningún tráfico, excepto trenes y unos pocos vagones militares” (Russell 2000a: 160). Permaneció cinco días en Petrogrado, donde tuvo una frenética actividad. El día 13 de mayo se entrevistó con Alexander Block y otros tres miembros de la Sociedad Filosófica de Petrogrado, donde comprobó que “a ninguno les gustaban los comunistas” y que casi todos “sufrían de subalimentación” (Russell 2000a: 161). El 15 de mayo visitó en su casa a Gorki, que en ese momento se hallaba gravemente enfermo. Inmediatamente simpatizó con él, porque, aunque apoyaba al gobierno, lo encontró libre de “la fe fanática por la cual se sostienen los marxistas puros” (1920: 43). El 16 de mayo se encontró con Emma Goldman, la conocida anarquista lituana, que había llegado desde Estados Unidos para visitar la Rusia soviética. Russell escribió en su diario que ella “hasta ahora no se declaró a favor o en contra

del gobierno soviético” y que se encontraba en un estado “de gran perplejidad” (Russell 2000a: 162).⁷

El 16 de mayo por la noche Russell se trasladó a Moscú en un tren especialmente dispuesto para la delegación británica. Arribó el 17 hacia el mediodía, donde según sus palabras, la comisión recibió una “inmensa recepción”, con soldados y discursos (Russell 2000a: 162). Esa misma noche, en una función de ballet, se encontró con Trotsky durante el entreacto, pero solo intercambiaron saludos formales. Lo impresionó como un hombre sumamente inteligente y elegante, dotado de “una vanidad incluso mayor que el amor al poder: la vanidad de un artista o un actor” (Russell 2000a: 161-162). Al día siguiente, realizó su primer paseo por los alrededores de la Plaza Roja y del Kremlin, donde tuvo las primeras conversaciones casuales con algunos ciudadanos comunes, en las cuales “todos se quejaban del costo de vida y de la falta de comida” (Russell 2000a: 163). El 19 de mayo por la tarde tuvo una entrevista de una hora con Lenin (que se describe en la sección 3 de este artículo). El 20 de mayo aceptó una invitación de Kámenev para pasar un día con él y su familia en una casa de campo en las afueras de la ciudad. Allí mantuvo largas conversaciones acerca de cómo sería la organización del futuro estado comunista. Según Russell, Kámenev admitió que no estaba permitido ningún acto público de oposición al gobierno, pero que pasado el período de dictadura la libertad de expresión sería restaurada y que “sería necesaria muy poca legislación” (Russell 2000a: 166).

Entre los días 22 y 25 de mayo Russell mantuvo entrevistas con dirigentes mencheviques, social revolucionarios y anarquistas. Según Russell, el gobierno soviético concedió a los miembros de la delegación británica “completa libertad para

7. Después de su viaje, Goldman sufrió una profunda desilusión sobre el sistema soviético, que relató con detalle en dos libros (Goldman 1923 y 1924).

ver a políticos de los partidos de la oposición”, y las entrevistas se realizaron “sin la presencia de ningún bolchevique” (1920: 26). En esas entrevistas, tuvo los primeros testimonios directos de la represión ejercida por el gobierno contra toda forma de oposición. En su diario escribió al respecto que la impresión general de todos los opositores era que si el gobierno llegara a saber que habían hablado con la delegación británica, “serían arrestados con cualquier pretexto” (Russell 2000a: 168). Russell permaneció en Moscú hasta el 27 de mayo, visitando diversas instituciones educativas y entrevistándose con otros dirigentes bolcheviques de menor rango.

Después de conocer Moscú, la delegación británica manifestó su deseo de recorrer el campo y conocer las condiciones de vida de los campesinos. Para ello el gobierno soviético dispuso un barco que partió de Nishny-Novgorod el 28 de mayo y recorrió el río Volga en dirección sur hasta la ciudad de Sarátov, pasando antes por las ciudades de Kazán el día 29 y de Samara el día 30. El propio comisario de transportes, V. M. Sverdlov, los acompañó. El 3 de junio llegaron a Sarátov. El viaje resultó difícil debido al extremo calor, los mosquitos y las enfermedades. Uno de los miembros de la comisión, Clifford Allen, cayó gravemente enfermo de neumonía y estuvo al borde de la muerte. De todos modos, los restantes miembros de la delegación británica prosiguieron el viaje hasta Astrakán, ciudad que Russell describió como “lo más parecido al infierno que cualquier cosa que haya imaginado” Russell (1968: 103). Arribaron el 6 de junio y enseguida emprendieron el regreso a Moscú, donde llegaron el 13 de junio. Desde allí la comisión se dirigió a Reval en un carruaje que había pertenecido a la familia del zar. Russell salió de Reval el 16 de junio de 1920 y regresó a Inglaterra desde Estocolmo.

Una vez en Inglaterra, Russell se esforzó, según sus propias palabras, “por recuperar alguna forma de cordura, porque el impacto de Rusia había sido casi más de lo que podía soportar” (Russell 1968: 110). Pese a ese impacto desestabilizador, al poco tiempo comenzó a escribir un libro donde, además de

sus impresiones personales sobre la visita al mundo soviético, se propuso analizar la ideología teórica y los logros prácticos de los bolcheviques. Lo hizo con sorprendente rapidez, ya que el prólogo de *The Practice and Theory of Bolshevism* está datado en septiembre de 1920. La obra se publicó el 4 noviembre de ese mismo año en Londres (con una tirada de 2300 ejemplares) y poco después en Nueva York. En Londres, el libro se reimprimió en 1921, pero no tuvo una segunda edición hasta 1949.⁸ Previamente, Russell había publicado varios artículos periodísticos sobre el tema, que sirvieron como base del libro, el cual, en buena medida, es una versión ampliada y reelaborada de dichos artículos.⁹ En la segunda edición de 1949 Russell suprimió el cuarto capítulo de la primera parte de su libro, titulado “*Art and Education*”, que había sido escrito por Dora Black (luego Dora Russell). Russell había pensado visitar Rusia junto con Dora, pero ella viajó por su cuenta en junio de 1920, poco después de que él regresara. Tuvieron impresiones muy diferentes del país. Russell las describe diciendo que “para mi sorpresa, a ella le gustaba Rusia, tanto como yo la había odiado” (Russell 1968: 110). Dora había quedado bien impresionada por las empresas bolcheviques en los campos de

8. En 1920 también se publicó una traducción al chino del libro, y en 1921 se publicaron traducciones al francés, al danés y al sueco. La traducción al español recién se publicó en 1969 (véase Blackwell & Ruja 1994, I: 95-99, para un detalle de todas las ediciones y traducciones).

9. Primero publicó una serie de cinco artículos en el diario *The Nation* de Londres los días 10, 17, 24 y 31 de julio y 7 de agosto de 1920, titulados colectivamente “*Impressions of Bolshevick Russia*”. Luego publicó en el diario *The New Republic* de Nueva York los días 15 de septiembre y 3 y 17 de noviembre de 1920 una serie de tres artículos, colectivamente titulada “*Bolshevick Theory*”. También publicó en la revista *Common Sense* el día 4 de septiembre de 1920 un artículo titulado “*Daily Life in Moscow*”. Evidentemente, Russell los escribió y envió a publicación antes de escribir su libro, ya que allí aparecen con diversas modificaciones, a veces sustanciales. Aquí no citaré esos trabajos. Para mayores detalles sobre ellos véase Blackwell & Ruja 1994, II: 40-41.

la educación y el arte, lo cual se refleja en el capítulo que escribió. Este capítulo evidentemente no representaba el punto de vista de Russell, por lo que parece lógico que lo haya eliminado de su libro.

El libro de Russell se divide en dos partes. La primera, de carácter más descriptivo, se ocupa de la situación de Rusia, tal como pudo observarla durante su estadía. La segunda, de carácter más analítico, se ocupa de los presupuestos teóricos del bolchevismo. Las dos partes son igualmente importantes, pero la segunda es mucho más esclarecedora porque Russell encuentra en la propia ideología bolchevique las raíces de su empresa y de lo que estima como su inevitable fracaso. Analizaré ambos temas en el orden en que los presenta el propio Russell.

La descripción que realiza del estado de la economía del país y de la vida cotidiana, tanto en la ciudad como en el campo, es sumamente sombría. Por ejemplo, dice que “la vida en Moscú, comparada con la vida en Londres, es gris, monótona y deprimente” (1920: 97). Russell es consciente de que el país ha sido arrasado por una cruenta guerra civil durante dos años, una guerra que todavía en mayo de 1920 no había terminado. La destrucción provocada por esa guerra fue muy grande tanto en las ciudades como en el campo. Las pérdidas totales de población a causa de la revolución y la guerra civil se han estimado en cerca de diez millones de habitantes. En la posguerra, Rusia se vería precipitada a una gran hambruna durante los años 1921 y 1922, una situación que provocaría numerosos levantamientos y rebeliones campesinas contra el gobierno. En 1920 todavía estaba vigente el régimen llamado “comunismo de guerra”, que implicó, entre otras medidas, las requisiciones forzosas del grano y el racionamiento estricto de los alimentos, que eran muy escasos en todas las ciudades, la militarización del trabajo y la aplicación sistemática del terror contra todos los enemigos, supuestos o reales, del régimen soviético. Por otra parte, las condiciones en el momento que los bolcheviques accedieron al poder también eran muy malas,

ya que el ejército ruso había sufrido una derrota catastrófica contra el ejército alemán en la Gran Guerra iniciada en 1914. En esa situación, las condiciones de vida en Rusia, incluso en la capital, no podían ser más que penosas.¹⁰ Russell advirtió claramente que el estado en que se encontraba el país era solo en parte responsabilidad del gobierno soviético, por lo que se empeñó particularmente en separar los efectos de la situación internacional (la derrota en la Gran Guerra, la intervención extranjera, el bloqueo comercial y otros) de los provocados exclusivamente por la aplicación de la política bolchevique. En ese punto se muestra particularmente lúcido y allí reside uno de los valores permanentes de su libro.

El gobierno soviético, como ya señalamos, había adoptado la política de invitar a diversas delegaciones de políticos de países europeos a visitar el país. Se escogían delegaciones de partidos socialistas o laboristas, que se suponía que tenían una actitud favorable al nuevo régimen, o al menos una actitud que no era hostil. El objetivo evidente de esas visitas era contrarrestar la imagen negativa que la mayor parte de la prensa internacional, e incluso algunos teóricos importantes del socialismo, como Karl Kautsky y Rosa Luxemburgo, había difundido sobre la política de los bolcheviques. Las visitas estaban cuidadosamente preparadas y los visitantes eran rigurosamente vigilados por funcionarios del gobierno y por

10. Los mejores estudios de la situación y del comunismo de guerra se encuentran en las obras dedicadas a la guerra civil, entre otras, las de Lincoln (1989), Smele (2015) y Engelstein (2018). Un indicio de la devastación sufrida lo proporciona la población de la ciudad de San Petersburgo, entonces llamada Petrogrado, que pasó de tener 2.200.000 habitantes en 1914 a solo 600.000 en 1920. El momento culminante de ese período se alcanzó en 1921 con la rebelión de los marinos de la base naval de Kronstadt, de tendencias anarquistas y maximalistas, contra el sistema del comunismo de guerra. La rebelión fue ferozmente reprimida por los bolcheviques y señaló el punto de inflexión hacia la Nueva Política Económica. El episodio ha sido estudiado con detalle por Avrich (1970) y Getzler (1983), obras que describen muy bien el clima que se vivió durante el comunismo de guerra.

numerosos espías de la policía secreta. No se permitía a los invitados la libre circulación, ni por las ciudades ni por el campo. Russell no se engañó ni por un momento acerca de los objetivos de la visita:

El supuesto era que estábamos allí para dar testimonio de la solidaridad del Partido Laborista con el comunismo ruso, y, sobre la base de ese supuesto, se hizo el mayor uso posible de nosotros para la propaganda bolchevique. (1920: 25)

Además, tuvo clara conciencia de la existencia de un amplio sistema de espionaje secreto que los rodeaba y que impregnaba toda la vida soviética. En una carta a su amante Ottoline Morrell del 25 de junio de 1920, mientras se hallaba en un hotel en Estocolmo esperando su regreso a Inglaterra, describió la situación en estos términos categóricos:

El bolchevismo es una burocracia cerrada y tiránica, con un sistema de espionaje más elaborado y terrible que el de los zares [...]. (Russell 1968: 122)

Hacia el final de su vida, Russell escribió en sus memorias que durante todo su viaje “nuestras conversaciones eran continuamente espiadas” (Russell 1968: 102).

A pesar del control permanente al que se vio sometida la delegación británica, Russell afirma que consiguió evadir el cortejo oficial y comunicarse directamente con la gente común en las ciudades y aldeas campesinas:

No siendo un miembro de la delegación, me sentí menos obligado que mis compañeros a asistir a los actos de propaganda, donde uno ya conocía los discursos de antemano. De esa manera, con la ayuda de intérpretes neutrales, la mayoría ingleses o americanos, fui capaz de mantener muchas conversaciones con gente que encontraba al azar en las calles o en las aldeas, y así descubrir cómo les parece el conjunto del sistema a los hombres y mujeres ordinarios, no políticos. (1920: 25)

Mediante esta simple estrategia, Russell fue capaz de evitar los engaños de una visita preprogramada y de sucumbir a la ilusión de considerar que los aspectos de la vida soviética que se les mostraban eran representativos de la situación de la totalidad del país.

Muchos políticos y viajeros occidentales, en cambio, cayeron en la trampa y se llevaron una impresión excesivamente favorable y optimista, por decir lo menos, de la Rusia soviética. Por otra parte, la ceguera de muchos políticos e intelectuales respecto de los aspectos negativos del sistema era evidentemente voluntaria. Russell advirtió claramente que muchos visitantes socialistas ocultaban deliberadamente en sus informes los rasgos menos agradables del sistema. Constató que “el efecto del bolchevismo como esperanza revolucionaria es mayor fuera de Rusia que dentro de la República Soviética” (1920: 19) y que por esa razón:

Los socialistas occidentales que han visitado Rusia han considerado conveniente suprimir los rasgos más duros del régimen actual, y han diseminado entre sus seguidores la creencia de que el milenio sería rápidamente realizado si no hubiera guerra ni bloqueo. (1920: 19)

Russell, por su parte, con toda honestidad, declara que “no puedo entrar en la conspiración de ocultamiento que muchos socialistas occidentales que han visitado Rusia consideran necesaria” (1920: 165).

Antes de publicar sus opiniones sobre el régimen bolchevique, Russell vaciló frente un argumento que se ha repetido innumerables veces desde entonces (y todavía puede escucharse): toda crítica a la Rusia comunista (y a cualquier dictadura de izquierdas) favorece a la reacción y a la derecha, por lo cual debe evitarse a cualquier costo. Aun cuando se adviertan los aspectos negativos de estos regímenes, es necesario ocultarlos. Muchos años después de su viaje, Russell lo recordó así:

En aquellos días los radicales pensaban que uno debía apoyar a la Revolución Rusa, sea lo que fuere lo que pudiera estar haciendo, puesto que los reaccionarios se oponían a ella y la crítica los beneficiaría. Yo sentí la fuerza de ese argumento y por un tiempo dudé acerca de qué debía hacer. Pero finalmente me decidí a favor de lo que me parecía que era la verdad. Afirmé públicamente que el régimen bolchevique era abominable, y nunca he visto ninguna razón para cambiar esta opinión. (Russell 1956a: 8)

Retrospectivamente, estas palabras no hacen más que enaltecer la honestidad política e intelectual de Russell, que, a diferencia de tantos otros visitantes de la Rusia soviética, decidió hablar en vez de callar o disimular lo que era evidente.

Un ejemplo muy concreto de la actitud que Russell denuncia lo proporciona Christian Jelen (1984), que ha descrito con detalle la misión francesa de los dirigentes socialistas Marcel Cachin (director de *L'Humanité*, el diario del partido socialista) y Louis-Oscar Frossard, que llegaron a Rusia el 31 de mayo de 1920, es decir, poco después que Russell, y permanecieron allí durante más de dos meses. Fueron testigos del estado de violencia y represión que imperaba en el mundo soviético, pero a su regreso omitieron voluntariamente informar sobre el menor aspecto del terror. Jelen compara la actitud de estos socialistas con la de Russell:

Desde 1920, los episodios de barbarie de la revolución de octubre suscitan dos actitudes opuestas entre los socialistas. Unos participan en la conspiración del silencio, invocando las futuras cosechas del socialismo. Otros consideran que el interés bien entendido del socialismo justifica el reconocimiento del fracaso de la Rusia soviética y el análisis de los motivos de dicho fracaso. La primera actitud es la de Cachin y Frossard; la segunda es la del célebre filósofo británico Bertrand Russell. (Jelen 1984: 154-155)

Arthur Koestler, en el primer volumen de su *Autobiography*, ofrece también un testimonio interesante de la actitud

que reinaba en los ambientes intelectuales de Europa respecto del comunismo soviético. Recuerda que hacia 1930 la Rusia soviética era considerada como “el gran experimento”, que solo rechazaban “los conservadores y los reaccionarios”. A continuación, agrega que

Solo algunas voces aisladas entre los intelectuales progresistas –Bertrand Russell y H. G. Wells, por ejemplo– se opusieron desde el primer momento y sin transigencia al régimen soviético; pero eran pocos y no se les hacía caso. (Koestler 1952: 224)

Koestler se refiere a la obra de Herbert Wells, *Russia in the Shadows*, publicada en Londres en 1921, luego de un viaje que Wells realizó entre septiembre y octubre de 1920. En realidad, hubo diversas obras escritas por visitantes extranjeros que, con diferentes matices, pintaron un panorama sombrío del comunismo ruso. Una de las más notables es *Mi viaje a la Rusia soviética*, de Fernando de los Ríos, profesor universitario de derecho y futuro ministro de la República española. El libro, escrito en español, se publicó en Madrid en 1921. Contiene una descripción sumamente detallada y bien informada de la situación política, económica y social de la Rusia soviética, junto con una severa evaluación de sus logros y de la doctrina bolchevique.¹¹ No obstante, la afirmación de Koestler resulta cierta en términos generales. Durante las décadas de 1920 y 1930 los críticos del experimento soviético dentro del espectro de la izquierda eran una minoría y sus obras tuvieron poca repercusión. Vistas retrospectivamente, sin embargo, resultan

11. Entre otras informaciones importantes contiene la única declaración de Lenin, hasta donde conozco, acerca de la duración estimada de la dictadura del proletariado en Rusia: “tal vez cuarenta o cincuenta años” (De los Ríos 1921: 74). El autor español la obtuvo directamente de Lenin en una entrevista. Este libro, tal vez por haber sido publicado en lengua española, generalmente es ignorado por los historiadores especialistas en la revolución rusa.

mucho más lúcidas y acertadas que la enorme masa de obras de esa época dedicadas a exaltar el sistema soviético como una forma superior de democracia, una democracia real destinada a remplazar la democracia liberal o burguesa, a la que se calificaba como “puramente formal”.

3. La entrevista con Lenin

Russell tuvo el privilegio, que se concedía a pocos extranjeros, de mantener una entrevista privada con Lenin, a quien visitó en su despacho del Kremlin. En su libro no precisa la fecha exacta, pero afirma que fue poco después de llegar a Moscú (1920: 36), pero en su diario de viaje afirma que ocurrió el 19 de mayo por la tarde (Russell 2000a: 163). La entrevista duró una hora y se desarrolló en inglés, lengua que Lenin (que había vivido en Londres en varias ocasiones) hablaba con fluidez. Sin duda le provocó una profunda impresión, ya que volvió a recordar ese encuentro en diversas obras.¹² En su libro de 1920 comienza su descripción señalando la modestia de su oficina, sin lujo ni confort, y la sencillez de su persona, cordial y carente de toda altivez. Luego agrega que

Es dictatorial, tranquilo, incapaz de sentir miedo, extraordinariamente desprovisto de egoísmo [...]. Tuve la impresión de que desprecia a una gran cantidad de personas y de que es un aristócrata intelectual. (1920: 37)

Russell interrogó a Lenin sobre dos cuestiones esenciales para la revolución: el problema de los campesinos y el uso de

12. Es interesante el contraste entre la descripción que Russell hizo de su entrevista en su diario, escrito el propio 19 de mayo (Russell 2000a: 163-165) y la que hizo en su libro unos meses después (1920: 36-42). Hay muchas oraciones en común en ambos textos, pero la adjetivación, más cruda y directa en el primero, ha cambiado mucho en el segundo.

la violencia. Sobre la primera cuestión, la pregunta concreta fue si “pensaba que era posible establecer de manera firme y completa el comunismo en un país que contenía una mayoría tan grande campesinos”, a lo cual Lenin “admitió que eso era difícil” (1920: 38). Luego, Lenin hizo la siguiente observación, que impresionó profundamente a Russell:

Describió la división entre campesinos ricos y pobres, y la propaganda del gobierno entre los segundos contra los primeros, que llevó a actos de violencia que él parecía encontrar divertidos. Habló como si la dictadura sobre los campesinos tuviera que continuar por largo tiempo, a causa del deseo de libre comercio por parte de los campesinos. Dijo que sabía por estadísticas [...] que los campesinos habían tenido más cosas que comer en los dos últimos años que lo que jamás habían tenido antes; “y sin embargo están contra nosotros”, agregó, con cierta melancolía. (1920: 40)

Respecto de la cuestión de la violencia, Lenin fue terminante: “nada de verdadero valor puede conseguirse, excepto mediante la revolución y la abolición del capitalismo” (1920: 39-40). Russell estaba interesado en saber si Lenin creía que la vía parlamentaria era posible, al menos en países democráticos como Inglaterra, pero la respuesta otra vez fue categórica:

Las razones que hacen que los intentos de revolución violenta nos parezcan a la mayoría de nosotros a la vez improbables e indeseables en este país [Inglaterra], no tienen para él ningún peso. Cuando yo sugerí que todo lo que es posible en Inglaterra puede alcanzarse sin derramamiento de sangre, descartó la sugerencia como fantástica. (1920: 38)

Russell concluye que Lenin lo impresionó como “demasiado dogmático (*opinionated*) y estrechamente ortodoxo” (1920: 42).

En obras posteriores, Russell ofreció un retrato de Lenin mucho más desfavorable. En *Unpopular Essays* afirma que Lenin era “cruel”, que “no tenía respeto por la tradición” y que

“consideraba que todos los medios eran legítimos para asegurar la victoria de su partido” (Russell 1950: 110). Dice, además, que las más vívidas impresiones que le produjo fueron de “fanatismo (*bigotry*) y crueldad mongólica”. También ofrece una versión mucha más cruda del episodio sobre los campesinos que había relatado en 1920:

Quando le hice una pregunta acerca del socialismo en la agricultura, me explicó con regocijo (*glee*) cómo había incitado a los campesinos más pobres contra los más ricos, “y pronto los colgaron del árbol más cercano, ja, ja, ja”. Sus carcajadas al pensar en aquellos que habían sido masacrados hicieron que se me helara la sangre. (Russell 1950: 171)

En esa misma obra Russell hace una observación interesante acerca de las aptitudes teóricas de Lenin en el dominio de la filosofía. Lo compara con el primer ministro inglés William Gladstone y dice de ellos lo siguiente:

Ambos hombres, en apoyo de sus respectivas fes, se aventuraron en reinos en los que, por ignorancia, solo podían cubrirse de ridículo: Gladstone en la crítica bíblica, Lenin en la filosofía. (Russell 1950: 170)

Lenin en efecto, no había tenido formación alguna en filosofía y cualquier filósofo profesional que haya intentado leer sus escritos con pretensiones filosóficas muy probablemente estará de acuerdo con el diagnóstico de Russell.

Finalmente, en su *Autobiography*, Russell vuelve a recordar su encuentro con Lenin en los siguientes términos:

Lenin, con quien tuve una conversación de una hora, más bien me decepcionó. No creo que hubiera adivinado que era un gran hombre, pero en el curso de nuestra conversación fui consciente sobre todo de sus limitaciones intelectuales y de su estrecha ortodoxia marxista, así como de una vena instintiva de despiadada crueldad. (Russell 1968: 109-110)

Luego del encuentro con el jefe del gobierno soviético, Russell se dispuso a conocer la situación de la vida cotidiana en la Rusia revolucionaria.

4. El partido proletario y la dictadura

Russell, como todo el mundo, sabía que Rusia era un país esencialmente campesino, donde el proletariado industrial apenas alcanzaba un 5% de la población, mientras que los campesinos constituían al menos el 85% del total.¹³ En sentido estricto, pues, la dictadura del proletariado, en Rusia, no podía ser otra cosa que la dictadura de una pequeña minoría sobre la gran mayoría de la población. Por otra parte, ¿cómo podría producirse una revolución proletaria en un país casi carente de proletariado? Esos han sido temas de discusión constante entre políticos e historiadores desde 1917. Al respecto, Russell hace una elucidación notablemente esclarecedora de la manera como de hecho entendían los bolcheviques la dictadura del proletariado:

Los amigos de Rusia aquí [en Inglaterra] piensan que la dictadura del proletariado es meramente una nueva forma de gobierno representativo, en la cual solo los hombres y mujeres que trabajan tienen voto [...]. Piensan que “proletariado” significa “proletariado”, pero que “dictadura” no significa precisamente “dictadura”. Esto es lo contrario de la verdad. Cuando un comunista ruso habla de dictadura, entiende la palabra literalmente, pero cuando habla de proletariado, entiende esa palabra en un sentido *pickwickiano*. Quiere decir la parte del proletariado con “conciencia de clase”, es decir, el Partido Comunista. Incluye a personas que no son en absoluto proletarias (como Lenin y Chicherin), que tienen las opiniones correctas, y excluye a trabajadores asalariados que no tienen

13. Russell (1920: 26) dice que los campesinos forman “alrededor del 85% de la población”. Esa cifra ha sido corroborada por todos los historiadores y demógrafos contemporáneos.

las opiniones correctas, a los que clasifica como lacayos de la burguesía. (1920: 27-28)

En el uso bolchevique del término, “proletariado” es una categoría esencialmente ideológica. Un proletario no se define por su posición en el sistema económico, ni por ninguna otra característica sociológica objetiva, sino por sus creencias. Proletarios son simplemente aquellos que adhieren a la ideología del partido comunista bolchevique, sean o no trabajadores asalariados. Eso permite considerar proletarios a los propios dirigentes bolcheviques, la gran mayoría de los cuales nunca fueron trabajadores, como el propio Russell advierte. Incluso cualquier partidario de alguna forma de socialismo no bolchevique, aunque se identifique incluso como comunista, queda automáticamente imposibilitado de pertenecer al proletariado, cualquiera sea su condición social y su posición económica. Ello incluye, en la Rusia de 1920, a los mencheviques, socialistas revolucionarios de izquierda y de derecha, anarquistas y socialdemócratas, todos los cuales son considerados partidarios de los intereses de la burguesía, tengan o no conciencia de su funcionalidad.

No obstante, incluso en este sentido heterodoxo de “proletariado”, los proletarios, es decir, los bolcheviques, resultan en todo momento minoritarios en Rusia, incluso dos años después de la revolución, cuando el número de afiliados al partido había crecido notablemente. Russell lo advierte claramente y afirma que “ningún sistema de libre elección daría la mayoría a los comunistas, ni en la ciudad ni en el campo” (1920: 72-73). En efecto, la única vez que se realizaron elecciones libres en toda la historia soviética, en noviembre de 1917, los bolcheviques obtuvieron solamente un 23% de los votos, mientras que los socialistas revolucionarios obtuvieron el 40%.¹⁴ El carácter

14. El número exacto de votos obtenidos por los bolcheviques no se conoce con certeza. Diferentes historiadores les asignan entre el 21 y el 25 % del total. Aquí sigo a Kowalski (1996: 97), basado en fuentes rusas recientes.

minoritario de los bolcheviques se reflejó siempre en el número de afiliados del partido comunista, el partido único del estado soviético. Russell constata que en 1920 el partido tenía solamente “600 mil afiliados en una población de aproximadamente 120 millones” (1920: 76).¹⁵ Por otra parte, agrega:

Nunca me crucé por azar con un comunista: las personas con las que me encontré en las calles o en las aldeas, cuando pude entablar conversación con ellas, me dijeron casi invariablemente que no eran de ningún partido. La única respuesta diferente que obtuve alguna vez fue la de algunos campesinos que afirmaron abiertamente que eran zaristas. (1920: 76-77)

Los campesinos fueron claramente hostiles al régimen bolchevique y produjeron desde 1918, y durante más de una década, toda clase de levantamientos y rebeliones contra el gobierno, algunos sumamente extendidos y duraderos, como el célebre levantamiento de Tambov, que solo pudo ser dominado después de una violenta intervención del ejército rojo, que incluyó el uso de gases venenosos. Las rebeliones campesinas prosiguieron mucho tiempo después del fin de la guerra civil.

Los campesinos no eran en su mayoría partidarios del zar ni de los guardias blancos en la guerra civil. En las elecciones de 1917 el voto campesino favoreció mayoritariamente a los socialistas revolucionarios. Los campesinos habían apoyado de manera casi unánime los repartos de tierras efectuados por el gobierno bolchevique, pero se resistieron tenazmente a entregar sus productos al estado. El gobierno dispuso la requisita forzosa de granos, efectuada por el ejército y la policía, para abastecer a las ciudades, básicamente a Petrogrado y Moscú, que eran las que padecían las mayores privaciones. Esa política desató la oposición tenaz de todo el campesinado y llevó

15. Actualmente se conocen las cifras y su evolución histórica con mayor precisión. No obstante, las cifras que ofrece Russell constituyen una buena aproximación.

a las numerosas revueltas campesinas, que llegaron a amenazar el poder soviético. Russell caracteriza a las relaciones entre el gobierno y el campesinado de esta manera llamativa y premonitoria:

El gobierno representa los intereses de la población urbana e industrial y se encuentra, por así decir, acampando en medio de una nación campesina, con la cual sus relaciones son más bien diplomáticas y militares que gubernamentales en el sentido ordinario. (1920: 104)

La cuestión campesina se resolvió, como se sabe, de la manera en que suelen resolverse las disputas territoriales entre estados soberanos: por medio de la guerra. En 1920 Russell no podía haber previsto ese desenlace, pero su observación de que había de hecho dos naciones en conflicto dentro de la Rusia soviética resultó confirmada por el curso de los acontecimientos. Russell advirtió que el conflicto con la mayoría campesina no estaba resuelto, a pesar del triunfo de los bolcheviques en la guerra civil. La colectivización forzosa de la agricultura realizada por Stalin a partir de 1929, una política que no se había insinuado en los planes de los bolcheviques que conoció Russell, sometió por la fuerza a todo el campo. Stalin mismo describió el llamado proceso de deskulakización como una guerra, cuyo costo reconoció en al menos diez millones de víctimas.¹⁶ La represión afectó a casi todos los campesinos sin distinción de posesiones o de riqueza. El término “kulak”, que originalmente designaba a los campesinos ricos o terratenientes, se empleó de manera arbitraria para designar a todos los que se opusieran al gobierno, se resistieran a la colectivización, o,

16. El número de víctimas producido por la colectivización del campo, la deskulakización y la hambruna subsiguiente ha sido objeto de extensos debates entre los historiadores. Meyer (2007), Cap. 9, presenta una discusión clara de este punto. Un análisis detallado de todas las cifras propuestas por diferentes historiadores y demógrafos se encuentra en Rosefielde (2010).

simplemente, se negaran a entregar la totalidad de sus cosechas al estado.

La perversión del lenguaje, no solo del lenguaje político, sino de todo lenguaje, es característica de los sistemas totalitarios. En Rusia se produjo desde el comienzo de la toma del poder por los bolcheviques, pues, de hecho ya se había consumado en el vocabulario de los escritos de Lenin anteriores a la revolución. Los términos que se consideraban significativos, cualquiera fuera su significado usual y su historia, eran redefinidos a voluntad por el partido comunista. Russell, filósofo del lenguaje, además de lógico y matemático, captó enseguida ese fenómeno. En sus obras posteriores volvió frecuentemente sobre el tema. Así, en sus *Unpopular Essays* escribió que

En Rusia [...] había dos teorías que tenían que ser conciliadas: por un lado, los proletarios eran buenos y la otra gente era mala; por otro lado, los comunistas eran buenos y la demás gente era mala. La única forma de efectuar una reconciliación era alterar el significado de las palabras. “Proletario” llegó a significar un partidario del gobierno. Lenin, aunque había nacido noble, fue considerado un miembro del proletariado. Por otra parte, la palabra “kulak”, que se suponía que significaba un campesino rico, llegó a significar cualquier campesino que se opusiera a la colectivización. (Russell 1950: 91)

Los significados se establecían por decreto, sobre la mera base de la autoridad. Russell, en un breve artículo escrito en 1954, “*Why I Am not a Communist*”, lo expresa de la siguiente manera:

En la Rusia de 1917 el proletariado era un pequeño porcentaje de la población, siendo la mayoría campesinos. Se decretó que el partido bolchevique era la parte del proletariado con conciencia de clase, y que un pequeño comité de sus líderes era la parte del partido bolchevique con conciencia de clase. Por tanto, la dictadura del proletariado llegó a ser la dictadura de un pequeño comité y, en última instancia de un hombre: Stalin. (Russell 1956b: 231).

En 1920 Russell advirtió claramente que la supuesta dictadura del proletariado que se había instituido en Rusia era en realidad la dictadura de un reducido grupo de líderes bolcheviques encabezado por Lenin (primero fue la dictadura del *Sovnarkom*, y luego la del *Politburó*). Dado el carácter minoritario del partido, relata Russell, los bolcheviques se valieron de diferentes métodos de presión y represión para asegurar su mayoría en los sóviets. Uno de esos métodos, observado por Russell, ha sido corroborado por múltiples testimonios: “el voto se hace a mano alzada, de modo que todos los que votan contra el gobierno son hombres marcados” (1920: 74). El resultado de estos métodos es que el *Presidium* de delegados de los sóviets siempre está constituido por “comunistas ortodoxos” (1920: 75). Russell también advirtió que los sóviets carecían de todo poder real y se habían vuelto un mero formalismo sin capacidad alguna de decisión. Dice respecto del sóviet supremo:

El Sóviet de todas las Rusias, que es constitucionalmente el cuerpo supremo, ante el cual los comisarios del pueblo son responsables, se reúne raramente, y se ha vuelto crecientemente formal. Su única función en la actualidad, hasta donde pude descubrir, es ratificar, sin discusión, las decisiones previas del Partido Comunista en cuestiones (especialmente relativas a la política exterior) en los que la constitución exige su decisión. (1920: 76)

La supuesta democracia obrera de base, representada por los sóviets, era ya en 1920 una ilusión que Russell advirtió lúcidamente. Muchos partidarios del comunismo en todo el mundo todavía creían en esa nueva forma de democracia, democracia pretendidamente real a diferencia de la democracia burguesa, meramente formal. Russell no lo creyó nunca. Su conclusión del análisis de la estructura y función de los sóviets es terminante: “todo el poder real está en manos del Partido Comunista” (1920: 76).

5. La burocratización del partido-estado y los privilegios de la élite dirigente

Russell advirtió claramente una de las características del partido bolchevique, que se trasladaría a la totalidad del estado soviético y constituiría uno de sus males endémicos durante toda su existencia: la burocratización y la formación de una casta privilegiada de funcionarios comunistas. En la década de 1930 esas tendencias eran ya un hecho claramente observable, pero en 1920 no eran tan fáciles de discernir, sobre todo por el fervor revolucionario que todavía reinaba entre los observadores occidentales. Russell se mostró notablemente clarividente sobre esa cuestión.

Observó que en el partido comunista de Rusia, como en toda organización burocrática, existía una verdadera jerarquía que llevaba a la formación de diferentes facciones. Distinguió tres clases de burócratas. En primer lugar, se encontraban los “viejos revolucionarios”, a los que describió de este modo:

Estos hombres tienen la mayoría de los puestos más elevados. La prisión y el exilio los han hechos duros y fanáticos, y les ha hecho perder contacto con su propio país. Son hombres honestos, con una profunda creencia en que el comunismo regenerará el mundo. Se consideran perfectamente libres de sentimiento, pero, de hecho, son sentimentales acerca del comunismo y acerca del régimen que están creando; no pueden enfrentar el hecho de que lo que están creando no es un comunismo completo, ni de que el comunismo es anatema para el campesino, que quiere su propia tierra y nada más. (1920: 78)

Los revolucionarios más antiguos se llamaban a sí mismos “viejos bolcheviques”. Integraban esta clase todos aquellos que habían pertenecido al partido antes de 1917. Stalin, por ejemplo, era un vejeo bolchevique, pero no Trotsky, que hasta entonces había sido menchevique. Los viejos bolcheviques, efectivamente, ocupaban casi todos los cargos del *Sovnarkom* y de la mayoría de las nuevas instituciones estatales. Esa generación

de dirigentes, que en 1917 tenía en su mayoría entre 30 y 40 años, perecería casi completamente durante el gran terror estalinista de los años 1937-1939.¹⁷

Aunque los dirigentes bolcheviques eran honestos y disciplinados, Russell constató una tendencia a la corrupción en el interior del propio sistema:

Son despiadados en el castigo de la corrupción y el alcoholismo cuando los encuentran entre sus oficiales; pero han construido un sistema en el cual las tentaciones a la pequeña corrupción son tremendas, y su propia teoría materialista debería convencerlos de que bajo tal sistema la corrupción debe ser rampante. (1920: 78)

La segunda clase de burócratas estaba formada principalmente por “arribistas” que trataban de progresar dentro del nuevo sistema. Según Russell, en esta categoría:

[...] se encuentra la mayoría de los hombres que ocupan cargos políticos por debajo de la cima, que son bolcheviques entusiastas a causa del triunfo material del bolchevismo. Entre estos debe contarse el ejército de policías, espías y agentes secretos, en gran parte herencia de los tiempos zaristas, que se beneficiaban del hecho de que nadie puede vivir si no es violando la ley. (1920: 78-79)

Antes de 1917, el partido bolchevique era muy pequeño y estaba encabezado por un grupo de élite de revolucionarios profesionales, la mayoría de ellos de procedencia burguesa (o incluso noble, como el propio Lenin) y de buena formación intelectual (Stalin era una excepción a ambas características). Después del triunfo de la revolución, el partido comenzó a incorporar masivamente a hombres y mujeres nuevos, que te-

17. Una descripción detallada de la autodestrucción del partido bolchevique se encuentra en Arch Getty y Naumov (1999), que contiene valiosos documentos traducidos del ruso.

nían escasa educación y apenas una vaga idea del marxismo y del comunismo. Estos nuevos cuadros ocuparon la mayoría de los cargos secundarios en la creciente burocracia estatal y en todos los órganos de represión. En buena medida, fueron los que apoyaron el surgimiento del estalinismo, y hasta lo hicieron posible.

La tercera clase de burócratas, según Russell,

[...] consta de hombres que no son ardientes comunistas, unidos al gobierno desde que este ha probado ser estable, y que trabajan por él, ya sea por patriotismo o porque tienen la oportunidad de desarrollar sus ideas libremente sin el obstáculo de las instituciones tradicionales. En esta clase se encuentra el tipo de los hombres de negocios exitosos [...], que trabajan por el éxito y el poder, no por el dinero. (1920: 79-80)

En esta categoría, además de los hombres de negocios, deben incluirse también los intelectuales, sobre todo escritores, que no eran comunistas antes de la revolución, pero que apoyaron al sistema con la esperanza, real o fingida, de que comenzaba una nueva época para el arte y para la cultura en general.

Todavía existía una cuarta clase de integrantes de la burocracia, los llamados “especialistas burgueses”, la mayoría de los cuales era contrario a la revolución, pero que el gobierno tuvo que rehabilitar y convocar. En su mayor parte eran ingenieros y técnicos, indispensables para el desarrollo de la industria, pero también oficiales y militares zaristas, que ocuparon cargos en el ejército rojo durante la guerra civil. Russell comprobó que constituían una clase privilegiada:

Cuando se vio que el gobierno era estable, muchos de los que al principio lo habían saboteado se volvieron deseosos de aceptar cargos bajo este, y están ahora así empleados, a menudo con salarios bastante excepcionales. Su importancia está plenamente reconocida. (1920: 83)

En teoría, ningún funcionario del gobierno debía ganar más que el llamado “máximo del partido”, que era una suerte de sueldo promedio de un obrero industrial. Pero rápidamente hubo muchas excepciones. Los especialistas burgueses fueron una de ellas, aunque se la admitió con carácter provisorio, como una concesión a los tiempos duros de la guerra civil.

En 1920 Russell no podía haber observado la amplia estructura burocrática que llegó a ser característica del estado soviético, sobre todo desde la década de 1930. Pero advirtió claramente la tendencia a la burocratización creciente. Cuando se constituyó oficialmente el Partido Comunista de la Unión Soviética, en 1925, ya era evidente la multiplicación de organismos burocráticos dentro del propio partido: el *Politburó*, el Secretariado, el Comité Central, el *Orgburó*, la Comisión de Control y los diversos Departamentos. En la medida en que el partido único penetraba todos los aspectos del estado, hasta casi identificarse con él, el propio estado se burocratizó de manera análoga, multiplicándose los comités y organizaciones estatales.

Los beneficios especiales para los dirigentes de mayor jerarquía del estado (que necesariamente eran todos miembros del partido comunista) se implementaron desde el primer momento, con la autorización del propio Lenin. Esos beneficios no siempre se reflejaban en los salarios. Se trataba, sobre todo, del acceso a una alimentación privilegiada, a almacenes especiales, al transporte de mejor calidad, a los lugares de recreo y muchos otros. Russell comprobó personalmente en Moscú que “la vida es muy dura para todos, excepto para los hombres que ocupan buenos cargos” (1920: 93). También advirtió que los comunistas:

[...] son prácticamente los únicos poseedores del poder y, en consecuencia, disfrutan de innumerables ventajas. La mayoría de ellos, aunque están lejos del lujo, tienen mejor comida que las demás personas. Solo las personas de alguna importancia política pueden obtener automóviles o teléfonos. Los permisos para viajar en tren o para hacer compras en los

almacenes soviéticos (donde los precios son una quincuagésima parte de lo que son en el mercado), para ir al teatro, y así, son, por supuesto, más fáciles de conseguir para los amigos de los que están en el poder que para los mortales ordinarios. De mil maneras, los comunistas tienen una vida más feliz que la del resto de la comunidad. (1920: 81)

Los beneficios de los dirigentes comunistas no hicieron más que crecer en los años siguientes, cuando se formó una auténtica casta privilegiada, la célebre *Nomenklatura* del período estalinista. Russell tuvo una clara visión de que ese proceso de formación de una élite comunista ya estaba en marcha en una fecha tan temprana como 1920.

Russell también advirtió que los trabajadores ordinarios no sentían en absoluto que la revolución los hubiera liberado de las supuestas cadenas que los oprimían. Al contrario, observó que

Existe la teoría de que el trabajador de Moscú se siente liberado de la dominación capitalista y, en consecuencia, soporta alegremente las privaciones. Esto, sin duda, es verdadero respecto de la minoría de los que son activos comunistas, pero no creo que sea verdad respecto de los demás. El trabajador medio, a juzgar por una somera impresión, se siente esclavo del gobierno y no tiene sentimiento alguno de haber sido liberado de una tiranía. (1920: 98)

En teoría, la abolición de la propiedad privada de los medios de producción produciría la liberación de la clase obrera y, con ella, la liberación de la humanidad. En la práctica, la estatización de toda la industria (y el comercio) no produjo un cambio significativo en la condición de vida de los trabajadores, ni mucho menos, una transición hacia el socialismo. Los trabajadores siguieron siendo asalariados, al servicio del estado, y sus salarios permanecieron siempre en bajos niveles comparados con los de los trabajadores de los países desarrollados de Europa. El sistema económico soviético nunca superó la etapa de un capitalismo de estado. Lenin, que también

calificó al sistema como capitalismo de estado, consideró que se trataba de una transición progresiva hacia la economía socialista, pero todo el sistema se estancó en ese estadio. Ni el dinero, ni el comercio, ni el trabajo asalariado fueron abolidos. El comercio permaneció activo a través de un enorme mercado negro, en el cual se abastecía gran parte de la población, incluidos (como lo muestran muchas fotografías de la época) los soldados del ejército rojo y los funcionarios de baja jerarquía del estado. Russell tuvo clara conciencia de que el socialismo nunca podría realizarse por ese camino.

6. Atisbos de la represión y el terror

Los visitantes extranjeros que llegaban a Rusia no tenían, obviamente, posibilidad de acceder a las prisiones y campos de concentración que estaban proliferando por todo el territorio del país. No obstante, Russell advirtió la represión generalizada que se abatía sobre toda la sociedad. En primer lugar, observó la omnipresencia de la policía en las calles y los medios de transporte, en particular, en los trenes. La describió de esta manera:

La policía revisa a los viajeros buscando evidencias de “especulación”, especialmente de comida. La policía desempeña, en conjunto, un papel mucho más grande que en otros países [...]. No hay prácticamente vida social, en parte por la escasez de comida, y en parte porque, cuando alguien es detenido, la policía tiene la facultad de detener a cualquiera que lo acompañe o que vaya a visitarlo. Y una vez arrestado, un hombre o mujer, aunque sea inocente, puede permanecer meses en prisión sin proceso. (1920: 94 y 95-96)

En segundo lugar, advirtió la presencia generalizada de espías en todos los ámbitos de la sociedad. Se dio cuenta de que la propia delegación británica había sido infiltrada por espías que escuchaban sus conversaciones, como ya señalé al comien-

zo. La conciencia del espionaje estaba instalada en todos los ciudadanos, lo cual generó uno de los rasgos más característicos de toda la vida soviética: la desconfianza permanente y el miedo a expresarse, a ser delatado.¹⁸ Russell observó, por ejemplo, que

Todo el mundo viola la ley casi diariamente, y nadie sabe cuál de sus conocidos es un espía de la Comisión Extraordinaria. Incluso en las cárceles, entre los prisioneros, hay espías, a los que se conceden ciertos privilegios, pero no la libertad. (1920: 95)

Russell sacó la conclusión de que el sistema soviético, en este aspecto, no solo no eliminó las políticas represivas de los zares, sino que las perfeccionó y las intensificó.

En tercer lugar, Russell comprendió el papel esencial que desempeñaba la *Cheká*, la policía política que operaba de manera secreta, como soporte indispensable del poder bolchevique. Escribió al respecto que

Debido a su impopularidad, los bolcheviques han tenido que depender del ejército y de la Comisión Extraordinaria y se han visto obligados a reducir el sistema de los sóviets a una forma vacía. Las pretensiones de representar al proletariado se han debilitado cada vez más. En medio de las manifestaciones y actos oficiales el genuino proletario luce apático y desilusionado, a menos que esté poseído por un fuego o energía inusuales, en cuyo caso mira las ideas del sindicalismo [...] para liberarse de una esclavitud mucho más completa que la del capitalismo. (1920: 169)

La vigilancia constante de la *Cheká* era conocida por toda la población, que le temía especialmente. Russell la describió en estos términos:

18. Figes (2009) es un estudio detallado de este aspecto de la conducta social soviética, a la vez que un notable ejemplo de historia oral.

[...] la Comisión Extraordinaria [es] un cuerpo prácticamente independiente del gobierno, que tiene sus propios regimientos, mejor alimentados que los del Ejército Rojo. Este cuerpo tiene el poder de encarcelar a cualquier hombre o mujer sin proceso, bajo cargos tales como especulación o actividad contrarrevolucionaria. Ha fusilado a miles sin proceso propiamente dicho, y aunque ahora ha perdido nominalmente el poder de infligir la pena de muerte, no es en absoluto seguro que lo haya perdido enteramente de hecho. Tiene espías por todas partes, y los mortales ordinarios viven aterrorizados por ella. (1920: 79)

La Comisión Extraordinaria, cuyo papel político Russell captó con perspicacia, había sido creada por los bolcheviques en diciembre de 1917, es decir, apenas llegados al poder, con el nombre de “Comisión Extraordinaria de Todas las Rusias para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje”, conocida por sus iniciales en ruso como *Vechecká* (VChK) o *Cheká* (ChK). El poder y estructura de la policía secreta crecieron exponencialmente durante la guerra civil. Se trató de un verdadero ejército al servicio de la represión de todos los sospechosos de ser opositores al régimen, o simplemente, de no adherir a él con suficiente fervor. Dispuso de tropas de élite y de una enorme red de espías; administró un amplio sistema de cárceles especiales y, desde muy temprano, un conjunto creciente de campos de concentración para presos políticos y de campos de trabajos forzados.¹⁹

Russell, en 1920, no tenía manera de conocer la existencia de la red de cárceles y campos de la *Cheká*, localizados generalmente en regiones remotas del norte del país, y mantenidos bajo secreto de estado. No obstante, recibió algunos indicios por parte de políticos de la oposición. En la entrada del día 24 de mayo de su diario de viaje relató que había tenidos noticias,

19. La obra fundamental sobre la *Cheká*, todavía no igualada, es la de Leggett (1981), a la que Pipes (1990: 919) califica como “la obra más importante sobre el Terror Rojo en todas sus dimensiones”.

en el curso de sus entrevistas con dirigentes social revolucionarios y anarquistas, de que cuarenta presos políticos habían iniciado una huelga de hambre y que al octavo día quince de ellos fueron condenados a penas leves, mientras que “veinticinco fueron enviados a campos de concentración hasta el fin de la guerra civil” (Russell 2000a: 167).

Mucho más tarde, en su *Autobiography*, deslizó la estremecedora revelación de que en Moscú “en el medio de la noche uno podía escuchar disparos y sabía que los idealistas estaban siendo asesinados en prisión” (Russell 1968: 102). El cuartel general de la *Cheká* de Moscú se estableció en la Lubianka, una gran cárcel (que todavía existe) en medio de la ciudad. Allí se acondicionaron una serie de sótanos donde se interrogaba, torturaba y fusilaba a los presos políticos de la oposición, o a simples sospechosos de no ser comunistas. Es perfectamente verosímil que durante la noche pudieran escucharse los disparos y, evidentemente, todo el mundo en la ciudad sabía que se trataba de ejecuciones.

Russell comparó reiteradamente el sistema de terror y espionaje soviético con el de la policía secreta de los zares. En su diario de viaje, por ejemplo, observó que la policía que revisaba permanentemente los trenes para arrestar supuestos o reales especuladores era “en gran medida la vieja policía zarista, ahora bajo la comisión extraordinaria” (Russell 2000a: 168). Los propios bolcheviques, en cambio, veían la aplicación del terror como una necesidad para defender la revolución y se consideraban herederos del terror jacobino, al que justificaron en todos sus aspectos. La comparación entre los dos terrores revolucionarios se ha realizado a menudo por parte de los historiadores.²⁰ En ambos casos se trató de un terrorismo planificado y aplicado por el estado, no de una violencia espontánea de las masas. Sin embargo, el terror jacobino duró un tiempo breve, mientras que el terror bolchevique permaneció

20. La extensa obra de Mayer (2000) está enteramente dedicada al tema.

indefinidamente, hasta volverse parte del propio sistema de gobierno. Ese hecho se hizo más evidente después de la guerra civil, cuando la policía secreta fue reorganizada bajo diferentes nombres (GPU en 1922, OGPU en 1923, NKVD en 1934, hasta llegar al KGB en 1954), creció en número de miembros y estructura, y siguió actuando (de manera menos violenta luego de la muerte de Stalin en 1953) hasta la disolución de la Unión Soviética en 1991. La persistencia de la policía política durante todo el período soviético muestra que la comparación de Russell con la policía secreta zarista fue mucho más acertada que la comparación con el terror jacobino (que solo es válida para el período de la guerra civil entre 1918 y 1921).²¹

Russell se refiere vagamente a “miles de fusilados sin proceso” por la *Cheká* hasta mayo de 1920. En ese momento no tenía medio alguno de conocer, o siquiera estimar con aproximación, cuántas eran las víctimas de la represión estatal. El número exacto de fusilados por la policía secreta todavía no se conoce con exactitud y es objeto de debate entre los historiadores. Probablemente nunca pueda conocerse, ya que se sabe con certeza que Lenin ordenó una destrucción parcial de sus archivos (como lo ha mostrado Leggett 1979) De todos modos, el número mencionado por Russell es incorrecto en al menos un orden de magnitud. Se estima que para esa fecha ya había más de una decena de miles de fusilados y que cuando la *Cheká* fue disuelta y reemplazada por la GPU, en febrero de 1922, el número de víctimas era del orden de las cien mil.²²

21. Incluso una historiadora revisionista como Fitzpatrick, que siempre tiende a minimizar la violencia de los bolcheviques y el número de víctimas del terrorismo de estado soviético, admite que, “a largo plazo, se perciben con claridad fuertes elementos de continuidad [...] entre las policías secretas zarista y soviética” (2017: 78).

22. Leggett (1981: 463-468) lo estima en 140 mil. Otros historiadores reducen o elevan ese número, pero la cifra del orden de los cien mil es la que tiene mayor consenso. Fitzpatrick (2017: 77) se limita decir que “de acuerdo con cifras bolcheviques para veinte provincias de la Rusia europea en

En su diario de viaje Russell incluyó la acertada observación, que no reaparece en su libro, de que “aunque la pena de muerte ha sido abolida, los prisioneros son enviados a las áreas militares, porque allí pueden ser fusilados” (Russell 2000a: 167). La pena de muerte existió durante todo el período de la Rusia zarista. Se ha calculado que en el medio siglo transcurrido entre 1866 y 1917 se condenó a la pena capital a unos 14.000 presos (Leggett 1981: 468). Luego de la revolución de febrero de 1917, el gobierno provisional (del cual los bolcheviques no formaban parte) abolió la pena de muerte, pero Kerensky la restauró en julio de 1917, aunque solo para la justicia militar en el frente de combate. El Segundo Congreso de los Sóviets, realizado en noviembre de ese año, revocó la ley de Kerensky. Lenin reaccionó con indignación ante esta medida, afirmando que era un “sinsentido” hacer “una revolución sin escuadrones de fusilamiento” (citado por Leggett 1981: 62). La pena de muerte fue restaurada por un decreto del *Sovnarkom* del 16 de junio de 1918, y los tribunales revolucionarios dictaron la primera condena tres días después.²³ No obstante, la práctica de derivar a los presos políticos considerados “contrarrevolucionarios” a la justicia militar para que fueran fusila-

1918 y la primera mitad de 1919, 8.389 personas fueron fusiladas sin juicio y 87.000 fueron arrestadas”. En una nota indica que toma esas cifras del *Archipiélago Gulag* de Solshenitsyn. La verdad es la siguiente. El documento que proporciona esas cifras es un informe de Martyn Latsis, el jefe de la *Cheká*, publicado en ruso en 1921. El informe indica que el total de fusilados para el período 1918-1919 fue de 12.733. La cifra de 8.389 corresponde a solo veinte provincias de la Rusia central hasta julio de 1919. El documento de Latsis se analiza con detalle en la obra de Leggett (1981: 463-464), que Fitzpatrick cita y, por tanto, debía conocer. Por otra parte, ese documento ya era bien conocido por otros historiadores de la revolución rusa. El propio Leggett (1981: 464) descarta esa cifra como “decididamente subestimada”.

23. El decreto solo afirmaba que “Los Tribunales Revolucionarios no están limitados por ninguna regla en la elección de las medidas contra la contrarrevolución...” (citado por Leggett 1981: 62; y Pipes 1990: 798). En su contexto era claro lo que esos términos significaban.

dos luego de un juicio sumario, o directamente sin juicio alguno, perduró durante toda la guerra civil y, por el testimonio de Russell, todavía continuaba en 1920. La *Cheká*, por su parte, siempre estuvo exceptuada de las leyes civiles, por lo que tenía plena libertad para condenar a los detenidos y aplicarles la pena de muerte, generalmente de manera secreta.²⁴

En el libro de Russell de 1920 no se mencionan los numerosos campos de concentración y de trabajos forzados que estaban a cargo de la *Cheká*, cuya existencia no había sido divulgada fuera de Rusia. La primera obra que reveló en Europa occidental la existencia del complejo de campos fue la del historiador ruso Serguei Melgunov, *The Red Terror in Russia*, publicada originalmente en ruso en Berlín en 1923 y traducida al inglés en Londres en 1925. La obra tuvo una gran repercusión, sobre todo en Inglaterra, y buena parte de la información que contiene ha sido corroborada por la investigación reciente en los archivos rusos. Todavía persiste entre quienes no están bien informados (o todavía se niegan a estarlo) la errónea creencia de que los campos fueron una creación de Stalin, pero actualmente sabemos con toda certeza que comenzaron a implementarse ya en 1918 por orden de Lenin y de Trotsky. Según cifras oficiales, a fines de 1920 existían ya 84 campos distribuidos en 43 regiones de Rusia con un total de 25.336 presos. Mientras que hacia fines de 1922 había 132 campos

24. El documento más importante sobre la aplicación de la pena de muerte es un informe secreto del NKVD de 1953, desclasificado en 1990 y reproducido en numerosas obras (por ejemplo, en Lewin 2005: 397-398). Contiene estadísticas oficiales sobre las sentencias dictadas por “delitos contrarrevolucionarios” desde 1921 hasta la primera mitad de 1953. Las condenas a muerte suman un total de 799.455. Hasta para un historiador tan revisionista como Lewin, esas son “cifras ominosas” (2005: 123). Para el año 1921, el documento indica que fueron condenadas 35.829 personas, de las cuales 9.701 fueron sentenciadas a muerte y 21.724 fueron internadas en campos de concentración. Es verosímil que las cifras de condenados a muerte para los años de la guerra civil, hasta comienzos de 1920, hayan sido mucho mayores.

y el número de presos había ascendido a 60.000 (estas son las cifras que proporciona Leggett 1981: 178). Por su parte, la historiadora rusa Galina Ivanova afirma que hacia fines de 1919 había en el territorio de Rusia 21 campos de concentración, pero su número creció rápidamente durante la guerra civil hasta alcanzar un total de 122 a fines de 1921 (Ivanova 2000: 10-14). Con independencia de la discrepancia en la exactitud de las cifras, es claro que el sistema de campos ya estaba en marcha desde el principio de la revolución, y luego no hizo más que crecer continuamente durante las décadas de 1930 y 1940.

Este pasaje de la biografía de Lenin escrita por Dmitri Volkogonov, que pudo acceder a los archivos secretos del estado soviético, resume y explica con claridad el origen leninista de los campos:

La idea del sistema de campos de concentración –la Administración de Campos del Estado o GULAG– y las demoledoras purgas de los años 1930 se asocian comúnmente al nombre de Stalin, pero el verdadero padre de los campos de concentración bolcheviques, las ejecuciones, el terror de masas y los “órganos” que estaban por encima del estado, fue Lenin. Contra el trasfondo del terror de Lenin, se vuelve más fácil comprender los métodos de la inquisición de Stalin, quien fue capaz de ejecutar a alguien solo sobre la base de una sospecha. Lenin no solamente inspiró el terror revolucionario, sino que también fue el primero en hacer de él una institución del estado. (Volkogonov 1994: 235-236)

Russell fue uno de los primeros observadores occidentales en comprender que ya en 1920 la Rusia soviética se había convertido en un estado policial carente de las más elementales libertades.²⁵ Muchos años después de su visita, recordó que

25. Diversas biografías recientes, como la de Sebestyen (2017) y la de Courtois (2017) señalan claramente a Lenin como el creador del sistema

todo el país le había parecido “una vasta prisión donde los carceleros son crueles fanáticos” (Russell 1956a: 8).

Russell no mencionó en su obra las purgas en el seno del partido comunista, que en la era de Stalin se cobraron, como mínimo, cientos de miles de vidas. Sin embargo, las purgas ya habían comenzados en 1919, cuando se practicó la llamada “re-registración” de los afiliados, que terminó con la expulsión de más del 10% de los miembros del partido. En el segundo congreso de la *Komintern*, realizado el 19 de julio de 1920, esto es, poco después de la visita de Russell, se estableció que era obligatorio para todos los partidos comunistas adheridos a ese organismo “depurar de manera sistemática el partido de los elementos pequeñoburgueses que se introducen inevitablemente en sus filas” (Art. 14). En 1921 se realizó la primera gran purga del partido bolchevique, en la cual fueron expulsados el 25% de los afiliados.²⁶ Es posible que Russell no estuviera al tanto de esos hechos, muy recientes en el momento en que se encontraba en Rusia. En cualquier caso, podría haber encontrado interesantes analogías entre esas depuraciones y los procesos de inquisición y excomunión de los herejes, tanto en el cristianismo como en el islam. En 1920 ser purgado implicaba solamente ser expulsado del partido, con la consiguiente pérdida de todos los privilegios que esa condición pudiera conllevar. Cuando las purgas se generalizaron, a mediados de la década de 1930, la mera sospecha de heterodoxia

de campos y la fuerza motora del terror estatal institucionalizado. Varios documentos desclasificados, editados por Pipes (1996), dejan poco lugar para el mito de “buen Lenin”. Sobre el terror leninista es útil la obra de Baynac (1975), que contiene la traducción de valiosos documentos. Ryan (2012) enfatiza el papel desempeñado por la ideología bolchevique, que consideraba a la violencia como un instrumento indispensable de la revolución, en el establecimiento del terror. Courtois (2009) considera a Lenin como el fundador del totalitarismo. La obra básica sobre el Gulag es hoy la de Khlevniuk (2004), que trata principalmente acerca de la época de Stalin.

26. Las cifras y todas las informaciones sobre este tema proceden de Arch Getty (1985: 46).

respecto de la línea ideológica del partido (la infame “línea general”) bastaba para ser ejecutado o condenado a un campo de trabajos forzados. Hay que remontarse a las guerras europeas de religión, con sus matanzas sistemáticas, para encontrar un paralelo con tales extremos.

7. El comunismo como religión política

Uno de los aspectos más originales de la obra de Russell es su idea de que el bolchevismo es una forma de religión. Ya en el prefacio de su libro sostuvo que “el bolchevismo no es meramente una doctrina política, es también una religión, con dogmas elaborados y escrituras inspiradas” (1920: 8). El análisis de la ideología comunista en estos términos, que es claro, aunque no sistemático, anticipa de manera sorprendente el concepto de religión política, que luego sería ampliamente utilizado por historiadores y politólogos.²⁷

La idea tiene antecedentes en la obra temprana de Russell. En su primer libro, *German Social Democracy*, publicado en 1896, ya había realizado una evaluación muy crítica del pensamiento de Marx, al que calificó como un “fatalista amoral” y un “materialista dogmático” (Russell 1896: 5). Señaló, además, que ese fatalismo, supuestamente basado en una teoría económica, le daba al marxismo el carácter de una “fe religiosa”, una creencia que tenía “casi un tono oriental” (Russell 1895: 6-7). Afirmó, entonces, que la socialdemocracia (término con el cual se refería al socialismo basado en las ideas de Marx).

27. El concepto de religión política fue introducido por Voegelin (1938). Las religiones políticas paradigmáticas del siglo XX fueron el comunismo, el fascismo y el nazismo, en ese orden cronológico. Sobre el concepto de religión política existe una extensa bibliografía, que no sería pertinente citar aquí. Véase como guía general la voluminosa compilación de Maier (2005-7) y también el libro más breve y panorámico de Gregor (2012).

[...] no es un mero partido político, ni tampoco una mera doctrina económica, sino una filosofía del mundo y del desarrollo humano completa y autocontenida; es, en una palabra, una religión y una ética. (Russell 1896: 1)

Esta evaluación se aplica al propio Marx:

La religión, la ciencia, el estado –en suma, todas las ramas de la actividad humana– están, en última instancia, determinadas por causas económicas. Esta es la idea más importante de la concepción de la historia de Marx, la que hace de ella una religión y una filosofía coextensiva con la vida humana [...]. Russell 1896: 7)

Seguramente, este juicio sobre el pensamiento de Marx, cuya corrección no discutiré aquí, constituyó el trasfondo del análisis que Russell hizo del bolchevismo.

Russell señaló que la Gran Guerra había creado en Europa el clima propicio para el surgimiento de las religiones políticas, en especial, la del comunismo. Dijo al respecto que

La guerra ha dejado por toda Europa un estado de desilusión y desesperación que pide a gritos una nueva religión, como la única fuerza capaz de dar a los hombres la energía para vivir vigorosamente. El bolchevismo ha proporcionado la nueva religión. (1920: 17)

Como la mayoría de las religiones, el bolchevismo prometía un estado futuro de gloria: el fin de la injusticia, de la guerra, de toda forma de explotación; un mundo “donde todos los hombres y mujeres se mantendrán sanos por el trabajo, y en el que todo trabajo será valioso para la comunidad” (1920: 17). La gran diferencia con las religiones tradicionales era que el paraíso sería realizado sobre la Tierra y en un tiempo muy corto. Según Russell, los bolcheviques esperaban alcanzarlo solamente “en el lapso de una generación” (1920: 19), cosa que él consideraba completamente imposible.

Russell caracterizó a la religión en estos términos:

Entiendo por religión un conjunto de creencias sostenidas como dogmas, que dominan la conducta de la vida, que van más allá de la evidencia o la contradicen, y son inculcadas por métodos emocionales o autoritarios, no intelectuales. (1920: 113-114)

Luego sostuvo que “según esta definición, el bolchevismo es una religión” (1920: 114). No obstante, tiene mayores semejanzas con las religiones guerreras y militantes, que con las contemplativas y místicas. Este hecho, según Russell, asemeja a los bolcheviques a los seguidores de Mahoma. Las analogías positivas y negativas con las religiones dogmáticas las formuló de la siguiente manera:

Entre las religiones, el bolchevismo tiene que clasificarse con el mahometismo, más que con el cristianismo o el budismo. El cristianismo y el budismo son primariamente religiones personales, con doctrinas místicas y un amor contemplativo. El mahometismo y el bolchevismo son prácticos, sociales, no espirituales, interesados en ganar el imperio de este mundo. Sus fundadores no habrían resistido la tercera de las tentaciones en el desierto. Lo que el mahometismo hizo por lo árabes, el bolchevismo puede hacerlo por los rusos. (1920: 114)

Según Russell, hay dos analogías positivas fundamentales entre el bolchevismo y las religiones dogmáticas. En primer lugar, el bolchevismo (y el comunismo en general) se define por medio de un conjunto de dogmas y escrituras que constituyen lo que terminaría llamándose materialismo dialéctico o marxismo-leninismo (esos nombres todavía no eran usuales cuando Russell escribía). Las escrituras sagradas son esencialmente las obras de Marx, Engels y Lenin, de las cuales se ofrece una interpretación ortodoxa, la del partido, que no puede cuestionarse. Todo cuestionamiento de esa ortodoxia sería en un futuro cercano considerado como una forma de herejía (“desviacionismo”, en la terminología

soviética) que debía ser severamente reprimida. La analogía con la dogmática cristiana es aquí bastante estrecha. La cita de los textos sagrados, que por principio son verdaderos, y su interpretación oficial por parte de la iglesia, es la manera reconocida de justificar cualquier idea que se quiera proponer. Como se sabe, el materialismo dialéctico soviético canonizará rápidamente los escritos de Lenin, que serán elevados a la categoría de dogmas infalibles. Russell advirtió que este procedimiento era el que el propio fundador de la doctrina aplicaba en sus propios escritos: “cuando Lenin desea probar alguna proposición, lo hace, si es posible, citando textos de Marx y de Engels” (1920: 8).

La segunda analogía positiva es que la conversión al comunismo se produce, como en todas las religiones, por medios no racionales, es decir, por la persuasión y la coerción, pero no por la argumentación. En ese punto Russell también se mostró acertado. Como cualquiera puede comprobar por su propia experiencia, la inmensa mayoría de los creyentes católicos ignora completamente la elaborada teología de los escolásticos y no estaría en condiciones de leer ni comprender una sola cuestión de la *Summa theologiae* de Tomás de Aquino. Su conversión se produce casi siempre durante la niñez por medio de la educación y el adoctrinamiento, así como por la seducción de metáforas, imágenes y promesas de redención futura. También por métodos de premios y castigos, que incluyen en ocasiones el temor a represalias severas en este mundo o al tormento eterno en el más allá. De manera semejante, la inmensa mayoría de los comunistas, salvo una muy reducida élite intelectual, no conoció nunca la supuesta base científica del marxismo, que es su teoría económica, ni estuvo en condiciones de leer un volumen de *Das Kapital*. Los métodos de adoctrinamiento y persuasión de las religiones dogmáticas son notablemente semejantes a los empleados por los comunistas.

Russell observó que incluso Lenin, que se consideraba ateo, era en realidad un hombre de fe:

Su fortaleza viene, imagino, de su honestidad, de su coraje y de su inquebrantable fe, una fe religiosa en el evangelio marxista, que toma el lugar de la esperanza de los mártires cristianos en el paraíso, excepto que es menos egoísta. (1920: 42)

El lenguaje de los escritos bolcheviques está frecuentemente cargado de imágenes y metáforas religiosas. El componente mesiánico y redentor del comunismo ha sido señalado reiteradamente por muchos autores. Entre otros, Nikolai Berdiaev, que había sido expulsado por Lenin en 1922 en el célebre “barco de los filósofos”,²⁸ escribió extensamente acerca de las raíces religiosas, del comunismo soviético, al que consideró como una forma de milenarismo. Así, por ejemplo, sostuvo que el marxismo “es una nueva religión que pretende reemplazar al cristianismo”, y que “los verdaderos marxistas son, según ellos, fervientes dogmáticos; no son ni escépticos ni críticos, tienen una confesión y un sistema dogmático” (Berdiaev 1937: 10). Por su parte, Boris Souvarine, que fue secretario de la Tercera Internacional y uno de los fundadores del partido comunista francés, observó que el leninismo fue tempranamente establecido como una “religión de estado”, que devino “una teología compleja, con su dogmática, su mística y su escolástica” (Souvarine 1977: 312). Cuando, bajo Stalin, el marxismo-leninismo se convirtió en un credo anquilosado, carente de toda autocrítica, la comparación con la teología dogmática se volvió frecuente. Russell se anticipó por mucho a todas estas descripciones. Captó con perspicacia el carácter doctrinal y dogmático del comunismo ruso, basado mucho más en la fe que en el conocimiento:

28. En septiembre de 1922 un total de 160 intelectuales fueron expulsados de Rusia por orden directa de Lenin, que confeccionó personalmente la lista negra. El episodio, que es un buen ejemplo de la intolerancia bolchevique, se estudia con detalle en la obra de Chamberlain (2006), que contiene la lista completa de todos los deportados.

El carácter de religión política del bolchevismo se manifestó con toda claridad en ocasión de la muerte de Lenin y del subsecuente culto ritual al que fue sometido su cadáver embalsamado. Entre otras cosas, se tomó seriamente la posibilidad de resucitarlo.²⁹

Russell contrastó la actitud religiosa de los bolcheviques con la actitud científica, a la que definió en estos términos:

Las actitudes mentales respecto del mundo que son importantes y eficaces pueden dividirse, en general, en la religiosa y la científica. La actitud científica es tentativa y gradual (*piecemeal*), y cree solo aquello para lo cual encuentra evidencia, y nada más. (1920: 113)

En oposición a la actitud científica, el credo comunista se encuentra, según Russell, cargado de doctrinas metafísicas que van más allá de la evidencia y que, por tanto, no pueden conocerse siquiera con una certeza aproximada:

Un comunista integral no es meramente un hombre que cree que la tierra y el capital deberían poseerse en común y su producto distribuido del modo más equitativo posible. Es un hombre que mantiene un número de creencias elaboradas y dogmáticas (como el materialismo filosófico, por ejemplo), que podrían ser verdaderas, pero que, para un temperamento científico, no son capaces de ser conocidas como verdaderas con ninguna certeza. (1920: 8)

La esencia de la actitud científica es una suerte de *escepticismo sistemático*, que implica suspender el juicio acerca de todas las cuestiones de hecho sobre las cuales no tenemos suficiente evidencia. Russell dedicó un libro entero a esta actitud, *The Scientific Outlook*, de 1931, que trata también acerca del im-

29. El libro de Tumarkin (1997) proporciona un análisis detallado y fascinante de este episodio.

pacto de la técnica en la sociedad y en el gobierno. No obstante, es en un ensayo posterior, "*Philosophy and Politics*", publicado en 1947, donde relacionó la actitud científica en el campo teórico con la actitud religiosa en el campo práctico. Sostuvo allí que

La ciencia es empírica, tentativa y antidogmática (*undogmatical*); todo dogma inmutable es anticientífico (*unscientific*). La perspectiva científica, entonces, es la contrapartida intelectual de lo que es, en la esfera práctica, la perspectiva del liberalismo. (1950: 16)

Aquí el liberalismo no debe entenderse como un programa político determinado, sino como una actitud ante las creencias en la esfera práctica. La actitud liberal en política consiste en adoptar la actitud científica, crítica y escéptica, frente a cuestiones que son intrínsecamente inciertas. Russell contrapuso explícitamente la perspectiva científica al materialismo dialéctico soviético, que ya estaba plenamente conformado cuando escribió que

La esencia de la perspectiva liberal consiste no en *qué* opiniones se sostienen, sino en *cómo* se las sostiene: en vez de ser sostenidas dogmáticamente, son sostenidas tentativamente, y con la conciencia de que nuevas evidencias pueden llevar en cualquier momento a su abandono. Esta es la manera en que las opiniones se sostienen en la ciencia, en oposición a la manera en que se sostienen en la teología. Las decisiones del Concilio de Nicea todavía tienen autoridad, pero en la ciencia las opiniones del siglo catorce ya no tienen peso alguno. En la URSS las afirmaciones de Marx sobre el materialismo dialéctico son tan indiscutibles (*unquestioned*) que ayudan a determinar los puntos de vista de los genetistas sobre cómo obtener la mejor variedad de trigo, aunque en otras partes se piensa que el experimento es la mejor manera de estudiar tales problemas.³⁰ (Russell 1950: 15-16)

30. Aquí Russell alude irónicamente al caso Lysenko, un ejemplo tris-

Esta es la posición que subyace a todo el análisis del bolchevismo por parte de Russell, que ya se había expresado en 1920 cuando afirmó, en una expresión memorable, que los bolcheviques tenían “una certeza militante acerca de asuntos que son objetivamente dudosos” (1920: 8), una actitud dogmática que es totalmente incompatible con la actitud científica, tanto como lo es cualquier actitud teológica. Desde el Renacimiento, sostuvo, el mundo ha ido alejándose gradualmente de ese hábito para reemplazarlo por “un temperamento de constructivo y fructífero escepticismo, que constituye la perspectiva científica” (1920: 8).

La pretensión de basar su teoría política en una doctrina filosófica, como el materialismo, le confiere al bolchevismo su carácter particularmente dogmático. En principio, como señaló Russell, no existe ninguna conexión directa entre el materialismo y el comunismo; es perfectamente posible ser materialista y no ser comunista, y también a la inversa. Por lo demás, no hay manera de probar la verdad del materialismo ni de ninguna otra tesis metafísica. La creencia en la posesión de un conjunto de verdades infalibles, de una doctrina, en un sentido precientífico del término, es la raíz del dogmatismo bolchevique y de su carácter anticientífico, esencialmente teológico. Russell, en otro pasaje memorable, lo expresó en estos términos:

El carácter dogmático del comunismo marxista encuentra apoyo en la supuesta base filosófica de la doctrina; tiene la fija certeza de la teología católica, no la cambiante fluidez y el escéptico sentido práctico de la ciencia moderna. (1920: 121)

temente célebre de ciencia politizada, que costó la carrera, y en muchos casos la vida, a muchos genetistas soviéticos por el simple hecho de aceptar el mendelismo o, simplemente, por no ser lamarckianos. Sobre el caso se han escrito muchísimos libros, entre ellos los de Roll-Hansen (2005) y de Jong-Lambert (2012). La obra de Birstein (2001), basada en una amplia documentación de fuentes en ruso, contiene revelaciones increíbles sobre la ciencia soviética. El reciente auge de la epigenética, con motivaciones políticas apenas disimuladas, indica, como lo muestra Graham (2016), que el caso todavía no se ha cerrado, sobre todo en Rusia.

Victor Serge, que vivía en la Rusia soviética cuando Russell la visitó,³¹ expresó con toda claridad en sus memorias las consecuencias de ese dogmatismo religioso, basado en la certeza de la posesión de una verdad absoluta e incuestionable:

El pensamiento bolchevique procede de la posesión de la verdad: a los ojos de Lenin, de Bujarin, de Trotsky [...] y de muchos otros, la dialéctica materialista de Marx-Engels al mismo tiempo la ley del pensamiento humano y la del desarrollo de la naturaleza y las sociedades. El partido detenta sencillamente la verdad; todo pensamiento diferente del suyo es error pernicioso o retrógrado. Tal es la fuente espiritual de su intolerancia. (Serge 1951: 148)

Russell advirtió con claridad que la combinación del dogmatismo filosófico con la utopía social, tan característica de la ideología bolchevique, llevaría necesariamente al fanatismo, la intolerancia y la justificación de la violencia como una forma legítima de ejercicio de la política. El dogmatismo religioso de los bolcheviques tuvo incluso el efecto de erosionar las convicciones socialistas del propio Russell, como lo expresó claramente en su libro:

Fui a Rusia como un comunista, pero el contacto con aquellos que no tienen dudas ha intensificado mil veces mis propias dudas, no en cuanto al comunismo en sí mismo, sino en cuanto a la conveniencia de sostener tan firmemente un credo que en su nombre los hombres estén dispuestos a producir un sufrimiento generalizado (*widespread misery*). (Russell 1920: 42)³²

31. Serge (1930) ya había advertido indicios de dogmatismo e intolerancia durante el primer año de la revolución.

32. En la segunda edición de su libro, publicada en 1949, Russell reemplazó el término “comunista” por “socialista”.

8. Las raíces de la intolerancia

La experiencia vivida en la Rusia soviética impresionó tanto a Russell que volvió sobre ella una y otra vez en sus escritos autobiográficos. En 1956 relató esa experiencia en los siguientes términos:

Mi visita a Rusia en 1920 fue un punto decisivo (*a turning point*) en mi vida. Durante el tiempo que estuve allí sentí un horror que creció gradualmente hasta convertirse en una opresión casi intolerable. El país me pareció una vasta prisión en la cual los carceleros eran crueles fanáticos. Cuando encontré que mis amigos aplaudían a estos hombres como liberadores y consideraban al régimen que estaban creando como un paraíso, me pregunté desconcertado si eran mis amigos o yo los que estaban locos. (Russell 1956a: 8)

Su pensamiento antes y después del viaje a Rusia lo describió vívidamente de este modo:

Cuando estalló la Revolución Rusa, le di la bienvenida, como hizo casi todo el mundo, incluida la Embajada Británica en Petrogrado. Era difícil a la distancia seguir los confusos eventos de 1918 y 1919, y yo no sabía qué pensar sobre los bolcheviques. Pero en 1920 fui a Rusia, tuve largas conversaciones con Lenin y con otros hombres prominentes, y vi tanto como pude de lo que estaba ocurriendo. Llegué a la conclusión de que todo lo que se había hecho y todo lo que se estaba intentando hacer era totalmente contrario a lo que cualquier persona de perspectiva liberal desearía. Pensé que el régimen ya era detestable y ciertamente estaba volviéndose todavía más. Hallé la fuente del mal en un desprecio por la libertad y la democracia, lo cual era el resultado natural del fanatismo. (Russell 1956a: 7-8)

En el prólogo a la segunda edición de *The Practice and Theory of Bolshevism*, firmado en octubre de 1948, Russell hizo dos aclaraciones importantes. La primera es la necesidad

de distinguir entre socialismo y comunismo, que en 1920 no se diferenciaban claramente, ya que el objetivo declarado de los comunistas era la realización del socialismo. La segunda es que, más de un cuarto de siglo después de publicada la primera edición, no consideraba que fuera necesario hacer grandes cambios a lo escrito en la primera edición, ya que “en todos los aspectos de importancia, conservo del comunismo la idea que me formé en 1920, y su desarrollo subsiguiente no ha diferido mucho de lo que yo esperaba”.

En 1920 Russell había predicho de manera clarividente que el bolchevismo había instalado una dictadura que se volvería cada vez más represiva y violenta, y de la cual ya no podría salir. No habría transición al socialismo por la vía de la violencia impuesta por una minoría mediante métodos terroristas. El tiempo le dio la razón, de la manera más categórica posible, con la implosión de un régimen soviético anquilosado, del cual ya ni sus propios dirigentes pensaban que se hallaba en camino a la realización de una sociedad libre e igualitaria.

La raíz de todo el mal se encuentra, según Russell, en el hecho de justificar la violencia por encima de toda ley, una idea característica de la teoría política bolchevique. En este punto acertó completamente:

Es obvio que el método de la revolución violenta que conduce a la dictadura de una minoría es uno peculiarmente calculado para crear hábitos de despotismo que sobrevivirán a la crisis por la cual fueron generados. (1920: 136)

Todos los partidarios del comunismo, e incluso muchos historiadores profesionales contemporáneos que todavía justifican la violencia revolucionaria, han argumentado siempre que esta fue una necesidad creada por la guerra civil. Sin embargo, la esencia del sistema soviético fue que el terror se volvió sistema y política de estado a lo largo de toda su historia. El despotismo no solo sobrevivió a las circunstancias que supuestamente lo crearon, sino que llevó al terror estalinista y a la

represión generalizada de toda la sociedad. Russell, sorprendentemente, ya previó esa deriva en 1920. Escribió premonitoriamente que

El segundo argumento de principio contra el método de la violencia minoritaria es que el abandono de la ley, una vez generalizado, deja en libertad a la bestia salvaje, y da rienda suelta a los placeres y egoísmos primitivos que la civilización refrena en cierto grado. (1920: 143)

Al uso conscientemente planificado de la violencia política Russell opone simplemente la democracia. Estas palabras sensatas, de plena actualidad, parecen apropiadas para cerrar este trabajo, que solo ha podido tratar acerca de unas pocas cuestiones contenidas en el notable libro de Russell:

Las naciones civilizadas han aceptado el gobierno democrático como un método de saldar las disputas internas sin violencia. El gobierno democrático puede tener todas las fallas que se le atribuyen, pero tiene el gran mérito de que la gente, en su conjunto, quiere aceptarlo como un sustituto de la guerra civil en las disputas políticas. Quienquiera que se disponga a trabajar para debilitar esa aceptación, sea en Ulster o en Moscú, está cargando con una terrible responsabilidad. La civilización no es tan estable que no pueda quebrarse; y de una situación de violencia sin ley no es probable que emerja nada bueno. Por esa razón, si no por otra, la violencia revolucionaria en una democracia es infinitamente peligrosa. (1920: 144-145)

9. Epílogo: la seducción de la mitología

Russell tuvo clara conciencia de que, pese a sus declaradas pretensiones de científicidad, el bolchevismo era una religión política, basada, como toda religión, en una mitología. Esta afirmación podría generalizarse al marxismo en su totalidad. En *“Why I Am not a Communist”* escribió sobre Marx que

Su creencia en que hay una fuerza cósmica llamada Materialismo Dialéctico que gobierna la historia humana independientemente de las voliciones humanas es mera mitología. (Russell 1956b: 229)

Russell, sin duda, quiere referirse al marxismo soviético al atribuir, erróneamente, el materialismo dialéctico al propio Marx, que nunca empleó esa expresión. Habría sido más acertado decir “materialismo histórico” para referirse a la filosofía de la historia marxista, en un sentido más amplio. No obstante, es claro que Russell retoma aquí su evaluación temprana del pensamiento de Marx como una suerte de fatalismo histórico, según el cual la historia de la humanidad se dirige de manera necesaria hacia una meta, la de la sociedad sin clases.³³

En verdad, cualquier creencia en que la historia humana tiene una finalidad y se dirige hacia una meta es puramente metafísica. Es una idea religiosa, no científica, completamente incontrastable. Proviene de la escatología cristiana, que Marx absorbió a través de Hegel. Si la historia tiene algún sentido, no tenemos ninguna manera de saberlo, ni tampoco la tenían Hegel o Marx. La actitud científica implica inevitablemente la suspensión del juicio sobre esa y sobre otras cuestiones que van más allá de toda evidencia empírica posible. Sin embargo, el atractivo emocional de las mitologías es indudable, tanto en asuntos políticos como religiosos. El comunismo, como religión política fundada en mitos, no solamente se impuso por medios autoritarios, como señaló Russell. También sedujo espontáneamente a varias generaciones de hombres y mujeres que se volcaron hacia él en una suerte de conversión religiosa y lo abrazaron con una fe laica, que era un sustituto evidente de la fe propia de las religiones dogmáticas. Ese atractivo emocional de la mitología se le escapó a Russell en su lúcido análisis

33. Como ya se ha señalado, ese es el núcleo de la interpretación de Marx que ofrece Russell (1896).

del bolchevismo. Para una mentalidad científica, como la que él mismo encarnaba de modo eminente, calificar de mitológica a una creencia o doctrina implicaba una auténtica descalificación de sus pretensiones de ser conocimiento y, por tanto, la privaba de toda racionalidad. Pero para gran parte de la humanidad, todavía hoy, ese argumento es ineficaz. El poder de seducción y la eficacia práctica de las mitologías todavía puede constatararse plenamente en la política de nuestros días.

BIBLIOGRAFÍA

- Arch Getty, J. (1985). *Origins of the Great Purges: The Soviet Communist Party Reconsidered, 1933-1938*. New York: Cambridge University Press.
- Arch Getty, J. & Naumov, O. (1999). *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*. New Haven: Yale University Press.
- Avrich, P. (1970). *Kronstadt 1921*. Princeton: Princeton University Press.
- Baynac, J. (1975). *La terreur sous Lénine*. Paris: Le Saggitaire.
- Berdiaev, N. (1937). *El cristianismo y el problema del comunismo*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Birstein, V. (2001). *The Perversion of Knowledge: The True Story of Soviet Science*. Boulder, CO: Westview Press.
- Blackwell, K. & Ruja H. (eds.) (1994). *A Bibliography of Bertrand Russell*. 3. Vols. London: Routledge.
- Bricmont, J. & Baillargeon, N. (2017). "Bertrand Russell and the Socialism That Wasn't". *Monthly Review* 69, pp. 86-97.
- Chamberlain, L. (2006). *Lenin's Private War: The Voyage of the Philosophy Steamer and the Exile of Intelligentsia*. New York: St. Martin's Press.
- Courtois, S. (2009). *Communisme et totalitarisme*. Paris: Perrin.
- Courtois, S. (2017). *Lenine, L'inventeur du totalitarisme*. Paris: Perrin.
- De Jong-Lambert, W. (2012). *The Cold War Politics of Genetic*

- Research: An Introduction to the Lysenko Affair*. Dordrecht: Springer.
- De los Ríos, F. (1921). *Mi viaje a la Rusia soviética*. Madrid: Imprenta de R. Caro Raggio.
- Engelstein, L. (2018). *Russia in Flames: War, Revolution, Civil War, 1914-1921*. New York: Oxford University Press.
- Figes, O. (1996). *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*. London: Jonathan Cape.
- Figes, O. (2007). *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*. London: Allen Lane.
- Fitzpatrick, S. (2017). *The Russian Revolution*. Fourth Edition. New York: Oxford University Press.
- Flew, A. (1979). "Russell's Judgment on Bolshevism". En Roberts (1979), pp. 428-454.
- Furet, F. (1996). *Le passé d'une illusion: essai sur l'idée communiste au XX^e siècle*. Paris: Robert Laffont.
- Getzler, I. (1983). *Kronstadt 1917-1921: The Fate of a Soviet Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Goldman, E. (1923). *My Disillusionment in Russia*. Garden City, NY: Doubleday, Page, & Co.
- Goldman, E. (1924). *My Further Disillusionment in Russia*. Garden City, NY: Doubleday, Page, & Co.
- Graham, L. (2016). *Lysenko's Ghost: Epigenetics and Russia*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Gregor, J. (2012). *Totalitarianism and Political Religion: An Intellectual History*. Stanford: Stanford University Press.
- Ivanova, G. (2000). *Labor Camp Socialism: The Gulag in the Soviet Totalitarian System*. London: Routledge.
- Ironside, Ph. (1996). *The Social and Political Thought of Bertrand Russell: The Development of an Aristocratic Liberalism*. New York: Cambridge University Press.
- Jelen, Ch. (1984). *L'aveuglement. Les socialistes et la naissance du mythe soviétique*. Paris: Flammarion.
- Khlevniuk, O. (2004). *A History of the Gulag: From Collectivization to the Great Terror*. New Haven: Yale University Press.

- Koestler, A. (1952). *Arrow in the Blue: An Autobiography*. London: Collins & Hamish Hamilton.
- Kowalski, R. (1997). *The Russian Revolution: 1917-1921*. London: Routledge.
- Leggett, G. (1979). "Lenin's Reported Destruction of the Cheka Archive". *Survey* 24, pp. 193-199.
- Leggett, G. (1981). *The Cheka: Lenin's Political Police*. Oxford: Clarendon Press.
- Lewin, M. (2005). *The Soviet Century*. London: Verso.
- Lincoln, B. (1999). *Red Victory: A History of the Russian Civil War*. New York: Da Capo Press.
- Maier, H. (ed.) (2005-2007). *Totalitarianism and Political Religions*. 3 Vols. London: Routledge.
- Mayer, A. (2000). *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*. Princeton: Princeton University Press.
- Melgunov, S. (1925). *The Red Terror in Russia*. London: John Dent & Sons.
- Meyer, J. (2006). *Rusia y sus imperios (1894-2005)*. Barcelona: Tusquets.
- Pipes, R. (1990). *The Russian Revolution*. New York: Vintage Books.
- Pipes, R. (1994). *Russia Under the Bolshevik Regime*. New York: Knopf.
- Pipes, R. (ed.) (1996). *The Unknown Lenin: From the Secret Archives*. New Haven: Yale University Press.
- Reed, J. (1919). *Then Days That Shook the World*. New York: Boni & Liveright.
- Roberts, G. (ed.) (1979). *Bertrand Russell Memorial Volume*. London: Routledge.
- Roll-Hansen, N. (2005). *The Lysenko Effect: The Politics of Science*. New York: Humanity Books.
- Rosefielde, S. (2010). *Red Holocaust*. London: Routledge.
- Russell, B. (1896). *German Social Democracy*. London: Longmans, Green, and Co.

- Russell, B. (1916). *Principles of Social Reconstruction*. London: George Allen & Unwin.
- Russell, B. (1917). *Political Ideals*. New York: The Century Co.
- Russell, B. (1918). *Roads to Freedom: Socialism, Anarchism and Syndicalism*. London: George Allen & Unwin.
- Russell, B. (1920). *The Practice and Theory of Bolshevism*. London: George Allen & Unwin.
- Russell, B. (1931). *The Scientific Outlook*. London: George Allen & Unwin.
- Russell, B. (1947). "Philosophy and Politics". En Russell (1950), pp. 1-20.
- Russell, B. (1949). *The Practice and Theory of Bolshevism*. Second Edition. London: George Allen & Unwin.
- Russell, B. (1950). *Unpopular Essays*. New York: Simon & Schuster.
- Russell, B. (1956). *Portraits from Memory and Other Essays*. London: Allen & Unwin.
- Russell, B. (1956a). "Adaptation: An Autobiographical Epitome". En Russell (1956) pp. 1-12.
- Russell, B. (1956b). "Why I Am not a Communist". En Russell (1956), pp. 229-232.
- Russell, B. (1968). *The Autobiography of Bertrand Russell, Vol. II, 1914-1944*. London: Allen & Unwin.
- Russell, B. (2000). *The Collected Papers of Bertrand Russell, Volume 15: Uncertain Paths to Freedom: Russia and China, 1919-1922*. R. A. Rempel & Beryl Haslam (eds.). London: Routledge.
- Russell, B. (2000a). "Journal of Trip to Russia". En Russell (2000), pp. 159-170.
- Ryan, J. (2012). *Lenin's Terror: The Ideological Origins of Early Soviet State Violence*. London: Routledge.
- Sebestyen, V. (2017). *Lenin: The Man, the Dictator, and the Master of Terror*. New York: Pantheon.
- Serge, V. (1930). *L'an I de la révolution russe*. Paris: Librairie du Travail.

- Serge, V. (1951). *Mémoires d'un révolutionnaire (1901-1941)*. Paris: Le Seuil.
- Smele, J. (2015). *The "Russian" Civil Wars, 1916-1926: Ten Years That Shook the World*. New York: Oxford University Press.
- Smith, S. (2017). *Russia in Revolution: An Empire in Crisis, 1890 to 1928*. Oxford: Oxford University Press.
- Souvarine, B. (1935). *Staline. Aperçu historique du Bolchevisme*. Paris: Plon. [Reedición aumentada, Paris: Éditions Champ Libre, 1977].
- Steinberg, M. (2017). *The Russian Revolution, 1905-1921*. Oxford: Oxford University Press.
- Stites, R. (1989). *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*. New York: Oxford University Press.
- Tumarkin, N. (1997). *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Russia*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Voegelin, E. (1938). *Die politischen Religionen*. Wien: Bertram-Fischer.
- Volkogonov, D. (1994). *Lenin: Life and Legacy*. London: Harper Collins.

Fecha de recepción: 29 de agosto de 2019

Fecha de aceptación: 7 de octubre de 2019